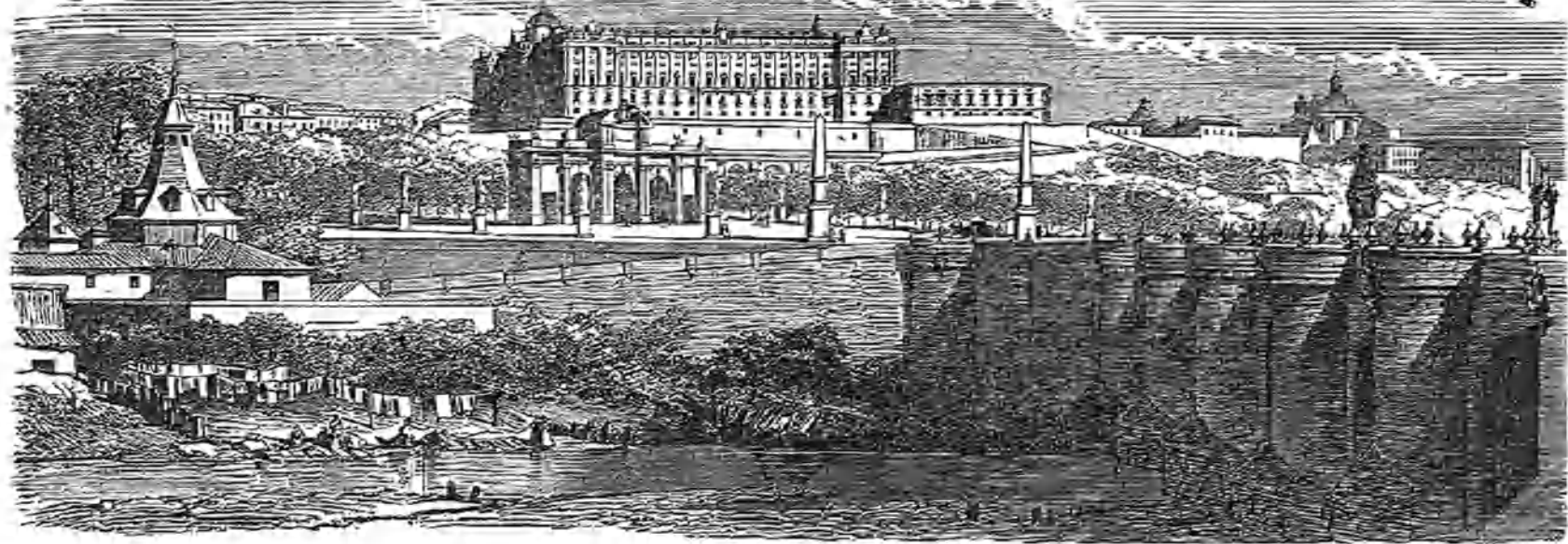


# LA ILUSTRACION DE MADRID



## REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 30 DE DICIEMBRE DE 1874.

NÚM. 48.

### SUMARIO.

**TEXTO.**—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Costumbres del siglo XVI (conclusion), por D. Julio Monreal.—¡Pavos! ¡Pavos! Fantasia de Noche-Buena, por Ahriman.—Ródelo de Carlos V, por X.—Los príncipes de Gales, por X.—La Noche-Buena del cesante (poema), por D. Peregrin Garcia Caldera.—El Jordán, el árbol de Abraham y la mezquita de Omar, por X.—La Noche-Buena del poeta, por D. Pedro Antonio de Alarcon.—Mr. Thomson y el Sr. Cánovas del Castillo, por X.—No hay deuda que no se pague... (continuacion), por D. Alvaro Romá.

**GRABADOS.**—Ródelo del emperador Carlos V, de una fotografía del Sr. Laurent.—Los príncipes de Gales, dibujo de D. A. Perca.—Exposicion de Bellas Artes. Seccion de escultura. Un joven griego dando gracias á Júpiter por su triunfo en las corridas olímpicas, estátua de D. José Simón Alameda, fotografía del Sr. Laurent, dibujo de D. A. Perca.—Costumbres populares de Madrid. La Plaza Mayor en la Noche-Buena, dibujo de D. F. Pradilla.—Árbol de Abraham, dibujo de D. F. Pradilla.—El Jordán, dibujo de don F. Pradilla.—Mezquita de Omar, dibujo de D. Francisco Pradilla.—Psicología comparada, dibujo de D. J. L. Pellicer.

y un no sé qué de tristeza indefinible que hiela más que la escarcha y al frio, una niebla formada de átomos de tédio y de melancolia llena la atmósfera. Estos dias sin sol tienen menos luz que las noches de luna, en que los cuerpos hacen sombra y se destacan visibles sobre un fondo claro y limpio. Los que van por la calle en esos dias se dibujan con variables contornos entre la niebla;

andan con ese andar indeciso de las fantasmas; toman el mismo color gris oscuro y se mueven y cruzan y pasan con una uniformidad que nos entristece. ¡Maldita niebla! ¡Creemos á veces que aquel señor está aún á diez metros de nosotros y hé aqui que hemos dado uno en otro de narices! ¡Maldita niebla, nadie abre el paraguas porque no llueva y entra uno chorreando en casa! ¡Mal-

dita niebla que no nos deja ver ni el sol, ni el cielo, ni la cara de las transeúntas bonitas! Pero, no importa que nieve, ó que llovizne, á que la niebla te envuelva todo en sus tristes medias sombras: no veréis en esos dias caras que revelen pena, sino rostros iluminados por la alegría. ¡Qué animacion hay en las calles! ¡Qué afanosas, que ruidosamente cruzan la muchedumbre! Parece que las fiestas de Baco de los gentiles han sido reemplazadas por las fiestas del turrón y del mazapan, entre los cristianos! No es posible andar sin caer en medio de una banda de pavos que avanzan majestuosamente á un fin prematuro y aciago. Allí viene uno de ellos más gallardo y robusto que los demás. ¡Alto, pavoro! ¡dámeme ese infelice! El pavoro coge al animalito por las alas y os lo muestra con la misma satisfaccion y arrogancia que Venus, siguiendo igual procedimiento, enseñaba Cupido á los dioses; triste pavo; su cresta y su barba rojas, estremecidas; sus redondos ojos en que se pintan ya imágenes de sombríos presentimientos; su severo plumaje que agita con el nuestro alateo; todo in-



RODELO DEL EMPERADOR CARLOS V.

### ECOS.

¡Qué dias tan tristes son estos alegres dias vispera de Noche-Buena! El cielo parece de plomo; la tierra está encharcada y fangosa; el agua se ha helado en los estanques y en los rios; la escarcha ha toruado cristal el barro de las tejas; los árboles se han cubierto de una corteza de plata y se han vestido de hojas de vidrio; el aire corta,

dace á piedad y todo commera... ¡Deteneos! ¡Ese pobre animal siente como nosotros, tiene tambien familia... esposas... hijos... ama la vida y teme la muerte... ¡¿Qué suplicar! Por cincuenta reales os le llevais á casa con el laudable objeto de rellenarlo el vientre de jamon y tocino... ¡que tal ha sido siempre el fin del payo! Y los mozos se cruzan en la calle llevando castillos de pasta de almendra sabiamente fabricados por esos arquitectos en dulce que se llaman confiteiros; ó cajas con anguilas de mazapan, adornadas de cocerros y elefantes de pintado azúcar; ó barriles de ostras; ó cestas con botellas de Jerez y Pedro Jimenez, ó latas de sardinas y pimientos... El año va á morir, y á manera de esos criminales empadronados que al marchar al cadalso sienten que se les abre el apetito, echa una copa en todas las tabernas y toma un dulce en todas las confiterias.

Gloria á tí; oh musa de la gastronomia! Deja á poetas desgraciados llenar con sus estrofas melancolicas el vacío de tristezas del corazón humano y reina en las horas de alegría del hombre. Pronto rayará la aurora de un nuevo año... ¡quién sabe lo que nos espera!... ayer éramos desgraciados, mañana, sin duda, volveremos á serlo; olvidémoslo todo, y pues el gobierno nos anticipa la paga, vé á la Plaza Mayor, compra capones, turrón, peradá, manzanilla, pajarito y algunas libras de feras de mazapan, y celebremos el feliz aniversario del nacimiento del Dios de tierra y cielo.—Y entra de paso en casa del médico y dile que se venga mañana, que habrá indignacion en la familia y que tendremos retortijones de sopa de almendra y jaqueca de rabeles y chicharras.

Noche Buena y Navidad, gastronómicamente consideradas, es decir, bajo su aspecto más característico, representan el delirio, la locura: el caos. Llenamos las despensas y cubrimos los aparadores de manjares y vinos que no nos atreveríamos á comer en ninguna otra época del año. En esta prostituímos nuestro estómago llenándole de indescriptibles, inmasificables é indigeribles sustancias: como en los días de Carnaval prostituímos nuestra figura cubriéndola de ridículos trajes hechos de pingajos y colorines. ¡El hombre es frágil barro, criatura imperfecta, ángel caído, y no puede ser cuerdo y razonable un año entero!

Si queréis convenceros de que, en efecto, la Navidad representa el caos gastronómicamente considerada, penetrad conmigo en esta confiteria, en este laboratorio misterioso donde la harina se convierte en oro y el azúcar en perlas y brillantes.

Alzad la tabla del mostrador que da paso al interior de la tienda y veamos lo que en ella se fabrica, confeciona y condimenta al presente. Esperad: tengo el honor de presentaros á D. Pio Melindre, inventor del guiso del pavo amapachoso, del capon sentimental y del ojalde patriótico; autor de un folleto sobre la incorruptibilidad del garbanzo y el porvenir del turrón guirlache.

D. Pio Melindre es un hombre, mejor dicho, es un confiteiro de cuarenta á cuarenta y cinco años de edad; acaso tendrá ménos, porque sabido es que las grandes inteligencias envejecen pronto. Su figura es majestuosa y simpática; no es más alto ni más grueso que una regular tinaja. Su figura, que rebosa benevolencia y salud, conciliase á la par el respeto y el cariño de los perroquianos. Su voz tiene un acento irresistible cuando aboga por las excelencias de un merengue ó de un bizcocho borracho; sus ojos de verde esmeralda, recogidos, por decirlo así, bajo el cobertizo de sus cejas de figura de acento circunflejo, fascinan al comprador, lo atraen y se lo sorben; su boca es una especie de pórtico por donde salen, adornados con las más brillantes galas de la retórica, sublimes conceptos y profundísimas sentencias. ¡Con qué dignidad, con qué imperturbabilidad contempla los mil y mil embebucidos curiosos que á través de los empolvados vidrios del escaparate paladean mentalmente las olímpicas glosas fabricadas por sus manos! ¡Qué bien sabe leer en aquellos curiosos rostros descompuestos por el deseo la simpatía hácia determinado dulce, y hasta la fecha de la última comida. Á no dudar, D. Pio nació, como otros muchos hombres, para más altos destinos; nació, sin duda, para ser un Napoleón, ó un Newton, ó un Calvino, ó un Washington; pero por una excentricidad de la suerte no es aún más que confiteiro.

Como D. Pio, siempre amable, se eleva en esta época excepcional del año al grado más superlativo de la amabilidad, nos recibirá con la sonrisa más dulce de

su confiteria, con la sonrisa que él habitualmente sólo dispensa á los curas y á las criadas bonitas; y no bien le digamos nuestro deseo, cuando encaminándonos por un pasillo á las habitaciones interiores, nos hará entrar en una especie de hornacina donde la luz y la sombra son ambas á dos igualmente intensas; pero donde una y otra no se confunden ni mezclan: así es, que la sombra da extraordinario vigor á la luz, y la luz profunda intensidad á las tinieblas: en una cueva, en fin, iluminada por el resplandor rojizo que en ella lanza á guisa de descomunal linterna, la encendida boca de un horno, tendiendo por el centro de la habitación hasta la puerta un tapiz de oro, una escala de fuego, una banda de aire inflamado, un camino de luz por donde van y vienen, y suben y bajan, y se revuelven y agitan, como fantasmas que viven en una atmósfera de ondas de colores y microscópicas estrellas é iris costalleantes, los marmitones de D. Pio, armados de cacerolas, blandiendo palas y vestidos de blanco.

¡Qué movimiento tan extraordinario y tan mareador, qué concierto tan horriblo y armonioso á la par! El chisporroteo del fuego; el son metálico de las fuentes y platos; el monotonó ruido del batir en peroles y marmittas los huevos y la leche y la manteca; el chirrido de las pastas que se abrasan en el horno, los gritos de los pinches que juegan arrojándose pellas de turrón ó de perada en bruto; el pesado arrastar por el suelo de cajones llenos de harina y azúcar; las voces de mando de D. Pio, que se oren en aquel campo de batalla; los mil ruidos inexplicables que se alzan de todos lados, entre la oscuridad y entre las llamas, os impondrán el pavor que sintió Dante cuando guiado por Virgilio llegó á las puertas de la ciudad doliente. Un perfume que se insinúa hiriendo vivamente nuestra nariz, despierta, sin embargo, bien pronto, vuestra valor... y vuestro apetito. ¡Entrad sin miedo! ¡No estais en el infierno, sino en el paraíso de los gastrónomos de Noche-buena!

—Si he de hablar á Vd. con franqueza, me dijo don Pio, la humanidad en este período gastronómico me inspira compasion. En estos dias se despacha más en el establecimiento que en todo el resto del año. Parece que la gente, como esos animales que tienen una bolsa natural donde á manera de despensa conservan lo que tragan, come de una vez lo que ha de digerir en doce meses. ¡Y qué cosa come! Deacorreré á sus ojos de Vd. el velo que cubre una larga serie de cólicos é indigestiones futuras. ¡Vé Vd. aquellas enormes calderas llenas de masa, que batan con sendos cucharones aquellos dos pinches! Hay en ellas con que alimentar á dos ejércitos. Pues bien, eso es como si dijéramos la espuerta de la basura de la confiteria. Allí han ido á parar todos los restos, desperdicios, recortaduras, escrescencias, ribetes, migajas é inutilidades de las tortas, de los bizcochos, de los dulces y de los confites que se han expendido durante el año: ahí están las pastas agrias, duras é inmasificables, que no se podrian despachar en tiempos normales; ahí está, en fin, barrido por la escoba de Noche-Buena, el polvo alimenticio de los cajones donde se guardan las almendras, las paciencias, los caramelos y el azúcar piedra. De todas esas cosas, y de algunas más, está formada esa masa, que sabiamente batida, se torna luego en manjar sabrosísimo para la familia muchedumbre. Este es el tiempo en que yo hago mis invenciones y experimentos. El mazapan y el turrón son compuestos de sustancias heterojéneas, que admiten los más raros caprichos, las mayores fantasías y excentricidades. Unas veces hago el turrón con avellanas y piñones, otras con lo que tengo más á mano. El estómago tiene preocupaciones y acepta como bueno todo lo que enesta caro, así es que cuando alguna cosa me sale mal la doblo el precio. Un año se me acabaron las almendras y las nueces é hice turrón con cañamones y algarrobas; dieron fin éstos, y lo seguí fabricando con cebada perlada; creció el consumo, y lo hice con guijarritos y chinitas del Manzanares: de entónces data el justo crédito de que gozo. Es necesario sentir la ciencia culinaria, é inventar despreciando al público y las leyes. Y si no... ¡Vea Vd.!

Y D. Pio, acercándose á un rincón de la cueva, donde velase entre la sombra algunos sacos que contenían diversas sustancias, cogió varios puñados al azar y los arrojó en los peroles y cacerolas que los marmittones empuñaban. Repitió esta operacion varias veces, yendo y viniendo de los sacos á las cacerolas, y luego, cogiendo algunas botellas de licores, las vació en los snadichos ateneillos.

Juro á Vd., prosiguió, que ignoro cuáles sean las sustancias y líquidos que he puesto en las cacerolas, pero no importa, así fuera arsénico y aguarrás lo que acabo de añadir á esos futuros turrones, que dormirán hoy con

la tranquilidad del justo. ¡Qué significarian media docena de muertes, producidas por un error de mi inspiración, ante el estrago universal que la glotonería produce en la humana especie bajo el pretexto de celebrar digna y piadosamente el nacimiento de Cristo?

Es rancia costumbre entre buenos amigos enviarse la víspera de Noche-Buena algunos comestibles. Esta costumbre suele dar lugar á incidentes curiosos.

Cierta víspera de Noche-Buena compré yo una caja de mazapan con objeto de enviarla de obsequio á un buen señor que me tenia obligado. La recuerdo como si no me la hubiera comido. Representaba un besugo nadando en olas de arroyo y entre escollas de pasta de almendra: en la cola tenia puesto una vistosa roseta de guindas y al cuello una especie de condecoracion, y el nombre del confiteiro. Anises y bombones cubrian su cuerpo figurando escamas, y las agallas y la cola eran de almidon azucarado. Apesar de estos disfraces, como la buena forma puede tanto, se conocia bien que era besugo.

Compré la caja y la envié á mi amigo; pero cuál no seria mi sorpresa cuando al dia siguiente la criada de un antiguo compañero me trae de parte de su amo el obsequio de Navidad y me encuentro con mi besugo condecorado. Sí, era el mismo; no podia dudarlo, entre otras señas denunciadoras lo publicaban los dos fúnebres huecos de las dos guindas que yo, con rubor lo confieso, habíame comido el dia anterior ántes de regalarlo y que compían la graciosa simetria de la roseta.

El tal besugo, segun pude averiguar despues, habia hecho un viaje de circumbalscion por Madrid. Desde la casa á que yo le envié, habia ido á la de un consejero de Estado, hombre de gran influencia, y el consejero lo habia regalado á su administrador; el cual á su vez lo mandó á la viuda de un coronel; la viuda á un estudiante de medicina; el Galeno á una encajera; la encajera á un agente de bolsa; el agente á una marquesa; pasando, finalmente, de la aristocrática dama á su pedicuro y de éste á un diplomático que lo andozó á mi amigo, y volviendo así despues de haber recorrido toda la escala social y paseado todas las calles de Madrid, de mano en mano, de elogio en elogio, y de propina en propina, siempre agradecido y nunca pagado, á mí, su comprador y primer donante.

¡Pobre besugo! comprendiendo que debía estar fatigado de tan largo viaje le dejé descansar; quiero decir, me lo comí.

Entré ayer en una barberia donde alguna vez suelo afeitarme. Las paredes estaban empapeladas de cartulinas. Las mesas, los espejos, los cristales de los balcones y hasta los asientos de las sillas hallábanse cubiertos de tarjetas que decían: *Los dependientes del Establecimiento felicitan á Vd. las Pascuas.*

Ocupé el sillón: pusieronme al pecho el inevitable habero y tendí atrás el cuello: allá en lo alto un letrado escrito con caracteres enormes, decia: *¡Qué las tenga usted felices!* Cerré los ojos y esperé. El manesbo me dió aún más jabon que de costumbre, pasó con mortal detenimiento la navaja por la correa; habló ménos y con tono más dulce que otros días; no se bromeó conmigo; ni me preguntó lo que no le importaba, y dejó para otra vez el golpe magistral y denigrante de cogerme entre sus dedos la punta de la nariz. Me afeitó bien: como nunca. Me atusó el pelo sin peñarme como suele, en su atolondramiento, las orejas y el cuello de la camisa; quitóme el delantal, se sonrió y esperó á su vez.

Metí la mano en el chaleco, y sacando un real, lo puse con gracia en la mano del manesbo, y salté. Aún me parece que rumba en mis oídos un extraño murmullo que me alcanzó al bajar por la escalera.

No sé lo que dijeron; pero creo que un eco sordo y terrible repitió estas palabras:

*¡Qué cinismo!*

Como yo á fuer de buen español abuso de las figuras retóricas, entré ántes de Noche-Buena en una administración de loterías y le dije al dependiente:

—¡Demé Vd. diez duros de ilusiones y de esperanzas!

El empleado cogió un billate, cortó un décimo y me dió no ménos retóricamente:

—¡Ahí van doscientos reales... de desengaños.

INDORO FERNANDEZ FLORES.

## COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

UNA FIESTA DE TOROS.

(Continúa).

Los del corrillo deshicieronlo y en breve tiempo estuvieron en la Plaza Mayor, que despues de los dos incendios que habia padecido, restaurada y mejorada por el tercero de los Felipes, se habia convertido en palenque de fiestas, y los toros, las cañas y los autos de fé, servian frecuentemente de señuelo á los desocupados, para llenar balcones y tablados.

Gran número de operarios trabajaba en unos y otros: en primer lugar, disponíase para los reyes un magnífico cadalso, en donde se aderezaba el *balcon real*, con preciosas talas y ricos paños.

Los balcones y ventanas lucian colgaduras vistosas, en las que no escaseaban la seda y el oro, conociéndose por sus alegres galas el júbilo que esperaba á los cortesanos.

Por todas partes el ruido de los operarios que alzaban tablados, la gritaría alborozada de los muchachos, el concierto ó disputa de los que ajustaban con los carpinteros puestos en los tablados\*, las voces de las limeras y el ruido, en fin, que, como en poblada colmena, no cesaba un punto en aquella gran Babilonia de España, ponían confusión en el entendimiento, vaguidos en la vista y turbación en el ánimo no acostumbrado á tan ruidoso estruendo.

No fué la noche parte á que el trabajo se suspendiera, antes al contrario, á medida que adelantaba aquella y el siba venia á más andar, redoblaban los operarios sus esfuerzos para terminar á tiempo su tarea.

Así fué que cuando, por las entreabiertas ventanas del Oriente, principió la aurora á dejar entrever las frescas rosas y encendidos amarantos, que en el alegre rostro le amanecían, y ántes que alondras y jilgueros, con sus regocijados plós, le diesen la acostumbrada bienvenida, todos los tablados se hallaban dispuestos á recibir sobre sus mal unidas tablas al alborozado concurso, que estaba durmiendo de medio ojo, pensando en la corrida.

No llamó poca la atención de los primeros que á la Plaza Mayor concurrieron, un balcón abierto en uno de sus lados y que en el espacio de aquella sola noche habia sido perfectamente aderezado.

En la boca del vulgo, que es estafeta del viento, según la rapidez con que las noticias vuelan, volvió á oírse mentar el extraño nombre de Marizápalos, y juntamente el del rey, pronunciado en voz baja, como por quien teme ser oído en lo que apesar del miedo no quiere callar.

Poco despues debia ser el encierro de los toros, á cuya diversion acudía mucha gente, tanto que, cuando llegó la hora, pocos eran los sitios que no estuviesen ocupados.

Diez y seis fueron los brutos conducidos al toril en aquel día: todos ellos ferocísimos, como apacentados en las salobres yerbas del Jarama, y destinados todos los diez y seis á ser asombro del circo y juguete y víctimas á la vez de los esforzados caballeros que los habian de lidiar.

Cuatro estaban destinados á la mañana y los doce debían correr la arena por la tarde, muriendo todos á impulso de los rejonos ó la espada.

Madrid entero se despoblaba por acudir á la Plaza Mayor; muchos habian dormido en ella á cielo abierto, para coger buen puesto, y á poco de haber el boquirubio Apolo esmaltado con sus rayos los vistosos tapices de los balcones, empezaron éstos á cuajarse de hermosas y principales damas y bizarros caballeros.

La plebe bulliciosa ocupó los tablados\* y los más de los concurrentes acudían provistos de recado de comer y beber, con que añadir placer á los que la fiesta proporcionaba.

El bulir y revolver de la muchedumbre crecía por

momentos y resonaban por todas partes gritos, carcajadas, silbidos, voces y denuestos.

Ya junto á un andamio se levantaba repentina algarazara y causábala dos mozas de buen rostro y mejor garbo, guardapiés de ocho guarniciones, jubón de rasi-lla y mantilla blanca, por no ser damas de manto, enseñando unas arracadas y gargantillas de coral y en las manos cantidad de sortijas de azabache, que eran huscapis de su alabastro.

Al tiempo de subir por la escalera, hecha de palos y mal acondicionada, enganóse á una el guardapiés, con que se pusieron á la vista de muchos curiosos, no sólo las enaguas de beatilla con puntas, sino las medias, que demostraron no ser de cordellate, sino de pelo y encarnadas; llegando alguno á descubrir las ligas, formadas por unas colonias verdes, con puntas de oro.

Llorieron sobre entrambas chazonetas, pullas y desvergüenzas, pero ellas, lejos de barmarlo á mal, respondieron con carcajadas.

Á este tiempo, en otro extremo de la Plaza, sobre si la mujer á quien un acompañaba debía colocarse delante ó detras de cierto mirón, saltáronse á entrambos palabras, que pasando á mayores, fueron tirshuzon de las dagas, con que iban á lanzarse uno sobre otro, á tiempo que detenidos por dos alguaciles dieron con ellos en la cárcel de Villa.

Aquí una limera promovía un altercado con las gentes, á quienes molestaban sus gritos é incesante trasiego: allá una mujer, con el ardor del sol y la estrechez y apinamiento del concurso, se tomaba de una congoja; acullá no dejaban á otro pasar á su asiento de barandilla: unos pedían el principio de la fiesta, otros llamaban á sus conocidos, aquellos vociferaban á impulso de su alegría y todos estaban ansiosos é inquietos en tanto se hacia la señal.

Aquella mañana no acudieron sus majestades al balcon real, y por ello haré gracia á los lectores de la lidia de entónces, para venir á la de la tarde; y sólo diré que apénas aquella terminada, los concurrentes se dieron prisa de ir á casa para comer, salvo los que lo hicieron en la Plaza, para no perder puesto, porque á la una debían estar de vuelta.

Mucho se prometían todos de la fiesta: ya oímos decir á los lucidos del mentidero que uno de los lidiadores sería D. Gaspar Bonifaz, del hábito de Santiago, valentísimo en tal ejercicio, otro tanto que perito, como que habia compuesto un libro sobre ello\*.

Era tambien de los caballeros el tan celebrado Cantillana y D. Gregorio Gallo y Gutierrez, como Bonifaz, caballero de su majestad, del hábito de Santiago y autor de otro librito de toros\*.

Varios otros caballeros, hasta ocho, iban á medir sus fuerzas, arrojando verdaderamente temerario y gusto poco de alabar, exponerse á la censura del vulgo, que recibia siempre con burlas al que no tenia toda la destreza ó fortuna necesarias para salir con lucimiento de la empresa.

Largo tiempo habia que la Plaza Mayor estaba cuajada de espectadores, impacientes y bulliciosos, aguardando la llegada de los reyes, sin los que la función no habia de principiar.

Ni los caballeros ni sus lacayos parecían por la arena, pues no debían salir en tanto que el monarca no hubiera ocupado su puesto, porque hasta entónces no se soltaba el primer toro.

Sólo en una delantera de tablado se veia algunos lacayos, cada cual vestido de un color, librea de los caballeros, pues cada uno de aquellos criados lo era de uno de los lidiadores, á quienes en aquel punto tenían aperibidos los rejonos, y ademas sombrero, capa, acicates y espada, por si les faltasen las prendas de esta especie que los caballeros debían sacar consigo\*.

Ya los Consejos habian ocupado sus balcones; las da-

mas que más puntos calzaban en grandeza y las que por su donaire y hermosura habian alzado pendones de señoría sobre las damas de la villa, competían desde sus asientos en brillo y en majestad con el lumínar del día, que desde poco más de la mitad de su cotidiana carrera, lanzaba las doradas hebras de sus cabellos sobre aquella multitud, tan inquieta como desena de ver el principio de la anhelada fiesta; en una palabra, diré con Góngora que parecían etc., etc.

La plaza un jardín fresco, los tablados\*  
Un encañado de diversas flores;  
Los toros doce tigres matadores,  
A lauz y á rejon despedazados,  
La juete dos puestos coronados  
De principes, de grandes, de señores;  
Las libreas bellisimos colores,  
Arcos del cielo, ó propios ó imitados,  
Los caballos, favonios andaluces,  
Garzando al Peru oro en los frenos,  
Y los rayos del sol en los jaeces;  
Al trasponer de Fobo ya las leces  
En mejores adargas, aunque munes,  
Pluerga vio lo que Genil mil veces.

De los más ansiosos eran los caballeros que habian de correr los toros aquella tarde, y aunque los habia esforzados y apuestos, como los que citados quedan, sobresalia entre todos por su bizarro porte, rostro varonil y el galano y rico aderezo de su traje, un mozo que apénas si frusaba en los veintitres; y otro tanto que valeroso y lucido, claro de linaje, que pudiera dar ventajas en competencias á los más encopetados de Castilla.

Era el tal mozo el marqués de Velada, cuya maestría en correr toros andaba en lenguas del vulgo, y todo el mundo ansiaba verle en la arena.

Más de cuatro ternos corazones deseaban y tenían el momento, porque el marqués aficionaba aún sin quererlo á las damas, si bien él hubiera dado de buena gana y aun con estrenas, á todas las que por él morían, y eso con no ser pocas, por bien de su vida, que contra lo que el gallardo marqués habia topado siempre, mostraba á sus quejas un corazón más duro que si fuera forjado de fortísimo y bien templado acero.

Era la dama hija única de un D. Bernardo de Acebedo y Bracamonte, consejero de Castilla, de noble sangre, si bien no muy sobrado de dineros, por lo que habia necesitado ayudar á las rentas de su mermado mayorazgo en tierra de Burgos, con una plaza en el Consejo; que ciertamente le habian granjeado sus buenas partes y saber, más bien que el valimiento de la corte.

Habiérase dado el consejero con un encanto en los pechos porque doña Serafina, que así se llamaba la niña, alcanzase la señoría con el marquesado de Velada, pero era tal la condicion de aquella, que hasta entónces galan alguno habia sido poderoso á encontrar resquicio por donde penetrar en su empedernido corazón.

Ni músicas, ni enamorados billetes, ni mochas pasadas de claro en claro debajo de las ventanas del consejero, ni miradas encendidas, ni suspiros abrasadores, dieron jamas al apasionado mozo un adarme de esperanza del logro de sus deseos, tan castos como enamorados.

Y en verdad que doña Serafina, apartada de lo rigoroso de su condicion, era dama digna de alcanzar el solio de un emperador, si hubiera de medirse su merecimiento por las gracias que sobre ella derramara naturaleza, cuajando su persona de todas, como si en copiosa lluvia le hubiesen caído.

Era bien proporcionada de cuerpo, delicado el talle, blanca y rosada la tez, los ojos envidia de las esmeraldas\* y el cabello tan abundante, rubio y reaplendente, que los rayos del sol á su lado parecían pocos, descoloridos y sin brillo.

Todos los poetas de la villa, y entónces hornigueaban, habian cantado sus gracias: todos los rondadores, que no eran ménos que los poetas, habian desmendado por ella sus espadas, y nuestro marqués tenía puestos á contribucion á los primeros más de una vez, y no ménos de ciento habia requerido la tizona, para ahuyentar los bulos, que acechaban las ventanas de su Dulceina.

Esta, si he de poner las cosas en su punto, no osaré decir que aborreciese al mozo, ni que le tuviese ojeriza, ántes entre la turba de sus adoradoras acaso fuera el predilecto, pero de tal modo disfrazaba su afición con

\* Se cita el libro de Bonifaz *Reglas de toros*; fué impreso en Madrid.

\* Denominábase *Advertencias para toros*, compuesto por D. Alonso Gallo y Gutierrez, señor de la villa de Fuentepelayo, en Madrid, por Diego Diaz de la Carrera año 1633. Bediente al duque de Medinaceli. De este tiempo es tambien el libro titulado: *Advertencias ó preceptos del torero, con rejon, lanas, espada y picadas*, por D. Pedro Jacinto de Gárdenas y Angulo, caballero de Alcántara, 1631, publicado por D. Miguel de Tapia y Salcedo, caballero del orden de Santiago. Hay otro *Arte de toros*, anónimo, del año 1633.

Publicóse tambien el libro nombrado *Palabra particular de los ejercicios del caballo, sus propiedades y estilo de toros y jugadas de toros, con otras advertencias de los ejercicios de la caballería por D. Andrés Davila y Heredia, señor de la Gatana, capitán de caballos, ingeniero, etc. en Valencia, por Benito Martí, año 1673. Estos y otros libros de su género demuestran la estimacion en que entónces tenían al toro los caballeros más principales.*

\* Así lo dice el citado Gallo y Gutierrez.

\* Suéto á unas fiestas de cañas y toros en la plaza de Valladolid. Si donde dice Pluerga permitiese el metro escribir Manzanares, pudiera pasar esta soneto como resumen de la fiesta aquí descrita.

\* *Envidia de las esmeraldas*. Como los gustos han sido tan diversos según las épocas, en ésta los ojos verdes eran tenidos en mucha estima, como se ve por los frecuentes elogios que de ellos hacen los escritores, y de éste y otros requisitos que debían tener entonces una mujer para parecer hermosa, traté ya en otro artículo.

\* Habia gran empeño en adquirir puesto en los andamios, pagándose hasta tres reales de á ocho, por cada uno, como puede leerse en el *Día y Noche de Madrid*, por Francisco Santos, discurso IV.

\* Los tablados. Describíanlos así por estos sitios (de que se creían capaces de hacer una suerte, así dice un personaje de Tirso de Molina en *Moza de gustos* (Acto. I. Esc. 12):

PASTILAS. Sécan que en una ventana  
ó en un tablado, no caperás  
Yarrie en el caso.

DOX PASTILAS. Pastillas,  
Por se rizo de mujeres,  
D de nombres de aguas y lanas:  
Aguardemos una suerte  
Aquí, y cubrarás por fuerzo  
Nombre y bilasotes eternos.



LOS PRÍNCIPES DE GALES.

la máscara del desden, que no amante acongojado, sino despierto zahorí hubiera necesitado ser el mozo, para descubrir aquel secreto, que más que oro en paño guardaba la hija del consejero.

Y es que la doncella estaba persuadida de aquello que en verso dijo el otro poeta:

Que a la mujer que túriere  
En algo su propio ser,  
Se le permite querer  
Pero no decir que quiere.

Sabía el marqués que doña Serafina, en los ratos que no ocupaba en las femeniles tareas, gustaba de leer en los libros de caballerías y que le parecían de perlas aquellas valentísimas hazañas de los Amadis y Esplandianes; y como el marqués no desmerecía en valor de su sangre y había conseguido fama de diestro en el ejercicio de correr toros, sabedor de que la doncella tenía balcon en la Plaza, determinóse á ser uno de los de la lidia, y por eso estaba apercebido de los primeros entre los que aguardaban la señal.

Acababan de dar las dos cuando en el concurso dejóse notar una cierta agitación y murmullo creciente, como si repentina y sorda marea turbase aquel mar de cuerpos humanos.

Era que entraba en la Plaza un piquete de soldados de las reales Guardias española y tudésca, destinado á despejar la plaza, cargo que de juro le correspondía.

Hízolo en breve tiempo con bizarro desembarazo; acogieron los hombres á los tablados, diéronse prisa de encaramarse á ellos las mujeres que llegaban tardías á la fiesta; por un instante pareció serenarse aquel confuso oleaje, y los ojos todos del concurso, como agujas que obedecen al secreto atractivo del imán, dirigieronse hácia el balcon de los reyes.

En aquel momento presentáronse estos en él y de nuevo se conmovió la muchedumbre con clamoroso regocijo, que no podría decirse fácilmente si era por el contento de que iba á tener principio la fiesta ó por el gozo que la presencia del monarca infundía en aquellos amantes súbditos.

Acabado el despejo de la plaza, retiráronse los soldados, y no bien lo habían hecho, cuando por una de las entradas frontera al balcon de sus majestades, oyóse el clamor alegre de las trompetas, mezclado con el grave sonar de los atabales.

Bien pronto se vió que le producian ocho trompeteros vestidos de morado y blanco, llevando de igual color los paños de los instrumentos y seguidos de dos atabaleros, aderezados de igual suerte.

Tras esto venia una lucida tropa de lacayos, que lo eran de los diferentes caballeros que habían de entrar en la fiesta, distinguiéndose unos de otros por las libreas, pues los de cada dueño usabanla igual en los colores y forma, diferenciándose de los demas.

Vestían jubones con mangas de un color, de otro la capa y la banda del matiz de esta.

Aunque las reglas del toreo prescribían que no auxiliasen á cada caballero más de dos lacayos, para proveerle de rejonas, no obstante, el prurito de ostentacion de grandezza hacia que cada cual llevase el mayor número posible de ellos, aderezados del modo más vistoso que podía imaginar,

Ademas que dos eran harto poco, pues en el discurso de la tarde seria fortuna desechar que no cogiese alguno el toro.

\* Así lo dice Gallo y Gutierrez. El Padre jesuita Pedro de Guzman, en su libro intitulado *Bienes del honesto trabajo*, dice que en estos ejercicios del toreo morían en España un año con otro doscientas y áun trescientas personas. No cabe duda de que ahora no acontecen tan lamentables desastres, por mas que con harta frecuencia hallamos algo de esto en los periódicos.

Estos lacayos conducían del diestro caballos pertenecientes á sus señores, para si tenían la desgracia de perder en la lidia el que montaban, azar que deslucía al caballero, pues la gala del torear consistía en defender al bruto durante la corrida toda.

Llevaban tambien para cada uno rejonas, espada, estribos, sombrero y capa, por si, como ántes he dicho, en alguna suerte perdía el caballero cualquiera de las prendas de esta especie que sacaba.

En fin, detras, y poniendo lucido término al grupo, entraron los caballeros que habían de correr los toros.\*

¡Qué pluma seria capaz de pintar su gallardía, continente y gentileza! ¡Cuál los vestidos y galas con que venían aderezados, la estampa y fogosidad de los corceles, la destreza en el regirlos y la serenidad que en sus rostros se retrataba, como si no fuesen á exponer su vida en récia pelea, con brutos de los más feroces que jamás las selvas abrigaron!

Pero dado que de ello quiero excusarme, no pasaré en silencio la bizarría del apuesto marqués de Velada, que entre todos sobresalía, no sólo por lo varonil de su persona, sino por la destreza que en todo mostraba, dejando ver bien á las claras cuán fundado era el aplauso que de todos se había granjeado en las veces que había salido al circo.

Traía el vestido bizarro por todo extremo, de color caeleste, sembrado de estrellas de plata, semejando un clarísimo cielo, pues siendo su amor de una Serafina, no sólo sus pensamientos, sino hasta el traje debía re-

\* Más adelante se usó tambien que el caballero que había de correr toros escogiese para que le apadrinara á otro, generalmente de alta prosapia, con el cual, en coche, daba una vuelta á la plaza antes de empezar la lidia. Así lo describe D. Nicolás Antonio Guerrero, en un grueso volumen que escribió á la canonización de Santo Toribio de Mogrobojo, al referir las fiestas que con este motivo celebró la ciudad de Salamanca en el año de 1723.



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE ESCULTURA.

UN JÓVEN GRIEGO DANDO GRACIAS Á JÚPITER POR SU TRIUNFO EN LAS CORRIDAS OLÍMPICAS —ESTÁTUA DE DON JOSÉ SIMÓN ALMEIDA.

velar que el objeto y blanco de sus deseos era más que terreno.

En caballo, peceño, trastrabado\*, denotaba en la ligereza y ardimiento de su acompasado trotar lo generoso de su sangre cordobesa: era de poco más de la marca, circunstancia muy tenida en cuenta por la ventaja que al caballero daba si se veía precisado á tener que sacar la espada contra la fiera\*.

Venia el marqués con la capa compuesta sobre ambos hombros, pasada la punta del lado derecho por debajo del brazo, y echada sobre el izquierdo, según prevenia el ritual del arte, y así avanzó pausadamente hasta el balcón desde donde el rey le miraba, atraído por el donaire de su persona.

Llegado á trecho proporcionado, detuvo brevemente el corcel, y quitándose el sombrero y quebrando un poco el cuerpo y la cabeza, saludó grave y mesurado á S. M.\*.

Después dirigió otro saludo á las damas, entre las que con los ojos, á quienes guiaba al corazón, buscó y halló pronto á la rigorosa Serafina, que, como otro sol, oscurecía con su brillo el gran número de damas hermosas allí reunido.

El tercer saludo fué para los Consejos; y apenas acabado y distribuidos convenientemente los caballeros y los peones, que por lacayos habían éstos traído, hicieron señal los instrumentos y dió el toril salida al primer bruto, que en cuanto se vió en la espaciosa arena, bramando con furia, parecía amenazar á sus provocadores.

Bien hubiera querido nuestro marqués irse derecho en busca de la fiera; pero no era suya la vez, y tuvo que dejarla á otro caballero, que así lo hizo.

Vestía el que saltó traje á la italiana, de naranjado, verde y oro; montaba á la gineta\* que era de entrambas sillas la usada, tanto para torear como para jugar cañas.

El caballo, si bien descargado de jaezes, para no embrazarle, iba encintadas las crines del cuello y cola con los colores del ginete, frenos y estribos muy brillantes, riendas berberíacas y acciones de lo mismo, afianzada la silla con dos bien apretadas cinchas, una por cada lado.

Pronto uno de sus lacayos le puso en la mano un rejon. Este instrumento era una especie de lanza de ocho palmos de largo, contando la manija y el hierro, hecho de madera seca y lisa, más grueso que delgado, y esto con la mira de que habiéndose de quebrar al tiempo de la suerte, aplandía más el vulgo cuanto era mayor el estallido.

Novel debía ser el de lo naranjado en aquellos ejercicios, pues si bien el valor no le faltaba, argüíale su precipitación de indocto, porque de tres rejonos que había quebrado, todos tres los clavó al bruto en los brazos, sitio reprobado por el arte, que prescribía fuese desde la nuca hasta la cruz, atento á que ahí no era fácil matar al toro sino entraba derecho el rejon por el cerviguillo hasta las tripas\*.

Acabóle otro contratiempo, y fué que descompuesto su caballo, derribóle de un bote el sombrero á la arena, en cuyo caso el caballero debía dejar la suerte de los rejonos y arremeter al toro con la espada, para desjarretarle y satisfacerse.

Ciego el caballero con el enojo de su torpeza, desconvaino en efecto, pero en lugar de cercar con la fiera llevando la espada\* arrimada al muslo, según arte, le-

vantó en alto el brazo un buen trecho antes de llegar al toro.

Entonces el vulgo, que ya dos ó tres veces había movido murmullos de censura, levantó un clamoreo general gritando:

— ¡San Jorge! ¡San Jorge! \*

Cuando el caballero se oyó motejar de esta suerte acabó de enardecerse entre enojo y vergüenza, y arremetió tan ciegamente que él ó la fiera hubiesen quedado en la demanda, á no ser la fortuna, que de otro modo lo tenía dispuesto: y fué que el toro, distraído con uno de los lacayos, cerró con él y queriéndole seguir el caballero, su corcel resbaló dando con ambos en tierra, con tan ríeio golpe, que el ginete quedó sin sentido y como muerto, á tiempo que su lacayo, alcanzado por la fiera, quedaba cadáver en sus astas.

Un grito de espanto resonó por el circo entero viendo la doble catástrofe, pues todos creyeron que el caballero hubiese muerto; pero apenas había comenzado la confusión y gritería, cuando el valiente marqués de Velada, sin reparar en el riesgo y teniendo sólo presente que los socorros\* eran la primera obligación del caballero, arrojóse en medio de la arena su persecución del toro.

Aunque todo lo que describe dejamos acaeció en un abrir y cerrar de ojos, por poco no llega tardío el socorro del marqués, porque el toro, una vez que derribó al peon, volvía bramando contra el caído, pero quiso la suerte que partiendo el marqués veloz como el rayo, antes que el toro llegase, pudo ponerse entre éste y el caballero, librándole de una muerte cierta.

Un grito de admiración y de aplauso siguió á esto: la fiera sorprendida se detuvo bramando y miró á su nuevo adversario.

Grande fué la ansiedad y congoja que por un momento se apoderó de los corazones todos, y si entonces el marqués hubiera estado de espacio de mirar á doña Serafina, habría visto en su hermoso semblante palidez tan mortal, que hubiese comprendido que no era la doncella tan rigorosa como sus anteriores desdenes la hacían parecer.

Cada vez más enfurecida la fiera resoplaba con violencia, retirándose para atrás, escurbiendo la arena: tendió un momento la oreja derecha, señal ciertísima de embestir, y con la impetuosidad del huracán arrojóse contra el marqués; pero éste, ganándole la cara y perfilando rápidamente la cabeza del caballo con la del toro, hurtó la embestida y le quebró en la cruz el rejon, que era de los de *lancilla*\*.

Ya entonces, distraído el toro, pudieron los lacayos recoger los heridos y proveer al marqués de otros rejonos, que sucesivamente y en no largo espacio quebró asimismo en la fiera, cada vez más irritada.

Árdua tarea sería referir los aplausos que de todos los balcones y tablados salían en loor del caballero, y no eran las damas ciertamente las que menos le alentaban con aquel favor.

Sólo Serafina, ya recobrada en el bello matiz de sus mejillas, no enviaba sus plácemes al valeroso y enamorado mozo.

Este, enardecido con el vulgar aplauso, quiso extremar la demostración de su destreza lidiando con *varilla*\*, suerte de más primor y para la que tuvo que cambiar de caballo, pues tenía que hacerse á la brida y el que llevaba iba enjaezado á la gineta.

Si bien había jugado los rejonos, no ménos la varilla, hostigando al toro con ella entre ámbos cuernos, sin dejarle arrimar é hiriéndole repetidas veces.

Enfurecido el marqués en la lidia no pudo evitar en una vuelta brusca que el sombrero cayese al suelo, y entonces, según las leyes de la lidia exigían cuando el caballero perdía esta ó otra prenda, como la capa, el estribo, etc., arrojando la varilla, sacó la espada para satisfacerse.

No tenía obligación el marqués de más que haber que-

brado en el toro el rejon, supuesto que el empuje no había sido suyo, sino del caballero caído, pero como no le daban prendas, ni ménos en presencia de Serafina, acudió primero á la varilla y luego á la espada.

Más le valiera al toro no habérselas tenido que haber con aquel adversario y no le aconteciera morir tan presto, pues apenas acertó á la arremetida, cuando descargándole sobre el cerviguillo la tajante espada del esforzado marqués, se lo segó hasta casi la mitad, cayendo el bruto derribado en tierra, como si se desplomara un monte.

Volvieron los aplausos, y entonces el caballero reposadamente pudo concluir de hacer los anudos, que no había tenido tiempo de dirigir á sus conocidos del concurso, cuando el ya fenecido bruto saltó á la arena.

Como el marqués tenía alientos para más, no quiso retirarse y á aguardar otra suerte;

Porque sale un bravo toro\*

Famoso entre la manada,  
No de la orilla del Bétis,  
Ni Genil, ni Guadiana,  
Fue nacido en la ribera  
Del celebrado Jarama:  
Bayo, el color encendido  
Y los ojos como brasa,  
Arrojados frente y cuello,  
La frente bella y ancha,  
Poco distantes los cuernos,  
Corta perra y flaca anca,  
Espacioso el fuerte cuello  
A quien se junta la barba;  
Todos los extremos negros,  
La cola revuelta y larga,  
Duro el icmo, el pecho creoso,  
La piel sembrada de manchas.

Tan pronto como divisó al marqués, fué á él rápido como la flecha disparada de la ballesta, y quiso la mala ventura que el caballo, rendido con la brega anterior y caliente ya de boca, no obedeciese al freno con la prontitud y docilidad que el ginete quisiera, tanto que tomándole el toro por un costado hirióle mortalmente y de modo que derramando un río de sangre empezó á flagrear de las manos y el marqués tuvo que apearse para no ser arrastrado en la caída.

Grande enojo le causó este percance, y como no podía cobrar otro caballo á causa de la vecindad del toro, se fué resuelto á él.

Pero no quiso arrojarle la capa en las astas y acuchillarle, como podía según regla, sino que arremetió de frente á tiempo que el toro, cebado ya con la sangre del caballo, cerró con el marqués.

Descargóle éste una terrible cuchillada con tan mala ventura, que la espada dió en el asta partiéndose en dos, y ántes que el marqués pudiera ponerse en cobro para tomar otra, cayó sobre él la fiera de modo que hundiéndole el asta por la betilla izquierda, derribóle sin vida en un abrir y cerrar de ojos.

¡Válgame Dios y qué clamor de espanto se movió en la plaza toda! Las mujeres chillaban, desmayáronse muchas, palidecieron los hombres, y doña Serafina, no pudiendo ya disimular, tomase de un paroxismo de muerte.

Mandó el rey suspender la lidia\* y aunque tal no hiciera, todos la hubiesen dado por terminada. Trocóse el regocijo en llanto, las fiestas en luto, el clamor en silencio y poco rato después la Plaza Mayor, ántes tan revuelta, quedó callada, y en ella memoria de tan horrible é inesperada tragedia.

Como el ánimo gusta de novedades, la muerte del marqués fué conversación que sirvió tres días de pasto á los mentideros y á Madrid todo, y un mes después la hija del consejero, la ingrata doña Serafina, desengañada del mundo, tomaba el velo en el convento de San Plácido, siendo la única que en su dolorido corazón labraba perenne monumento á la memoria del malogrado marqués, conociéndose en esto que el rigor que siempre le mostró era no más aparente.

Tal era el modo de correr toros, entonces que este ejercicio no había pasado á ser granjería del vulgo, teniendo como gala y gallardía que realizaba en muchos las buenas prendas de un caballero, demostrando no sólo su bravura, sino su destreza en hacer mal á un caballo.\*

\* Bellísima descripción tomada de uno de los romances más rascos, á que sirve de héroe el popular Gáez, alcalde de la Al-gara, tan celebrado en aquella clase de composiciones.

\* Aunque el acaecido de la muerte del marqués, aquí referido, es puramente imaginado, es cierto que el de Velada fué muy diestro en correr toros, y como tal le cita D. Nicolás de Moratín en su mencionada *Carta histórica*. D. Luis de Góngora le dedicó un soneto, en ocasión que habiendo el marqués, en unas fiestas romas, muerto un toro y queriendo esperar otro, S. M. le mandó salir de la Plaza.

\* *Hacer mal á un caballo*, frase que significa hacer ser uno diestro en la equitación. El Padre Mariano dice de D. Fernando el Católico que *hacia mal á un caballo con mucha destreza*.

\* *Trastrabado*: el caballo que tiene la mano izquierda y el pié derecho blanco.

\* Respecto á la marca de los caballos no están conformes los que acera del torear escribieron, y al paso que unos, como Gallo, dicen que valen más que la perra, otros, y entre ellos Cárdenas, no desdennan el caballo pequeño; y el anonimo autor del *Arte de torear*, le prefiere.

\* Especialmente en Madrid era obligatorio dirigirse muy pausadamente á saludar al rey y á sus damas, aunque ya estuviese el toro en plaza, sin hacer caso de él, á no ser que envistiera, y una vez desjarretado se saludaba á los damas.

\* *Á la gineta*. Dos eran las escuelas de equitación entonces en uso: la *gineta* y la *brida*. La primera conocíase de muy antiguo, y en esta época ya se lamentaban sus partidarios de que iba cayendo en desuso, siendo tal, en su opinión, que en ella, con ménos armas iba el caballo más ligero y el caballero más aliviado. Usábase montar á la gineta en las fiestas de toros, como lo fue para lidiar con *carriola*, en los juegos de cañas y en el uso y ejercicio militar. Para montar á la *brida* se usaba silla rasa ó de *hombres* y los estribos largos.

\* Clavar el rejon bien era cosa que se consideraba de grande habilidad; Góngora, en unas décimas, celebrando el hecho de haber rejonado á un toro el enano Simon Bonanni, dice:

Pensó, señor, que un rejon  
Era rompedor en un toro,  
Quebrar la lanza en un muro  
Ó un venablo en un león, etc.

\* Estas espadas debían ser de poco más de vara y su ancho tres dedos, de un corte y demasías, pues cortas daban presunción de grande cuchilladía.

Las armas con que había de castigar al toro, eran el rejon, propio sólo de los caballeros, y la espada y aun la varilla. El garrochón usábanle los de á píe, y en manera de torear del vulgo.

Hasta el siglo siguiente, si bien en su primer tercio, no empezó á conocerse gente que se dedicase á la lidia como oficio, dándose á los que le ejercían el nombre de toreros, alternando en las corridas con los caballeros, lidiando los toros que estos no salían á correr.

Vestían entonces jubón de tafetan de color vivo, banda de otro color y calzas correspondientes y los caballeros para la pica, y todo lo que no fuese rejones, llevaban como traje de rigor, la casaquilla.

Por entonces ya usaban los toreros de oficio la espada y daban estocadas, si bien no se guardaban para ello las escrupulosas reglas que en el día, bastando con que el torero diese muerte á la fiera, sin reparar en que fuese de una ó de muchas.

Hoy que el arte del toreo se ha dehumanizado del todo de lo que fué en su principio, dirán sus aficionados si le tienen en más ó en menos que entonces. Es lo cierto que háte ya más de un siglo que la gente principal no se dedica á estos ejercicios, sea por haberse pasado la costumbre, sea porque la civilización considera indigno de gentes que se precian de poseerla un ejercicio tal.

Plegue á Dios que el vulgo, que aún no le desdén, no tardé mucho en considerarle también indigno de sí, cesando unas fiestas que si guardan la tradición de las acciones de nuestros antepasados, son también enemigas de toda cultura, poniendo en innecesario trance y peligro de muerte á muchos hombres, destruyendo cantidad de útiles animales que en la industria y en la agricultura pudieran prestar servicios incalculables, ó por lo menos dejarían de servir, como hoy, de sangriento espectáculo que endurece el ánimo y apaga en él los dulces sentimientos de la compasión y ternura, acobardando á los ojos á la destrucción y á la matanza.

JULIO MONARAL.

## IPAVOS! IPAVOS!

PANTASÍA DE NOCHE-BUENA.

Era el 24 de diciembre de 18... Acercábase la noche, y el sol, envuelto en un amplio paletot de nubes, descendía hácia el ocaso después de haber cumplido lo peor posible su tarea; es decir, que se hallaba media tierra en ese delicioso crepúsculo vespertino, encanto de los poetas y de los cazadores de modistas, y otra media en aquel otro matutino crepúsculo, también adorado por los sacerdotes de Apolo y por los aficionados á las diversas variedades del género *Negrita*. Cada una copiosa nevada, aguinaldo que con espléndida mano sacó prodigar la Divinidad á la humanidad en el aniversario de su nacimiento, sin que la abundancia y excesiva frescura de sus copos fuera parte á privar á los mortales del solar apacible que en tales días ofrecen las diversas manifestaciones del fervor religioso combinado con el fervor báquico.

Aburrido y meditando como de costumbre, hallábase sentado al lado de bien provista chimenea escuchando la suave cadencia del almirez que ahoncaba en mi cocina la composición de la indispensable sopa de almendra, que unida al no menos necesario besugo, constituye la frugal colación con que los buenos cristianos celebramos el nacimiento del que fundó la más espiritualista de las religiones. Cruzaban por mi mente pensamientos varios, más ó menos referentes á la solemnidad del día. Afanábase por buscar la explicación de las ceremonias con que ésta se celebra, sin que alcanzara á darme cuenta de las razones que á la humanidad asisten para conmemorar el nacimiento del enemigo más declarado de toda sensualidad con festines babilónicos y libaciones abundantes. Menos comprendía aún que reservándose en tales ocasiones para los monarcas de la tierra las más regaladas melodías ejecutadas por las más hábiles orquestas, se obsequiase al monarca del cielo con abominable concierto de almireces, cencerros, rabeles, chicharras, zambombas y tambores; y pregun-

tábase si habría alguna secreta tendencia internacionalista en esta inmensa concurrencia y en esa no menos inmensa bacanal con que el fervor católico manifiesta en tal día sus místicos arrobamientos.

Mas lo que sobre todo encarecimiento preocupaba mi mente, era averiguar la razón de que en esta época se verificase la terrible hecatombe de pavos que la caracteriza, y devanábase los sesos para escudriñar el simbolismo de este sacrificio.

Comprendo perfectamente, me decía, que el pueblo de Israel enviase al desierto aquel célebre macho cabrío que tomaba sobre sí todos los pecados de la raza. No hacía en ello otra cosa que sacrificarse simbólicamente á sí mismo, pues aquel pueblo tan testarudo de un lado y tan sufrido de otro, no dejaba de tener semejanzas con el animal en cuestión. Se explica igualmente que los romanos sacrificasen toros, porque dado el prodigioso desarrollo del amor libre en aquellos tiempos, todo individuo del pueblo-rey, forzadamente había de participar de la naturaleza taurina. Pero que la humanidad moderna sacrifique al pavo, no tiene posible explicación.

¿Será que el pavo sea símbolo de la humanidad y que al sacrificarlo se sacrifique á sí misma? me preguntaba. Pero no; precisamente acababa de leer por la décima vez una elocuente disertación de un filósofo alemán sobre la humanidad; disertación de la que no había logrado entender una sola palabra, y de ella á fuerza de titánicos trabajos había sacado en limpio que *el ser racional finito es un compendio de todas las perfecciones imaginables*. Y sin embargo, el extraño pensamiento ántes anunciado se apoderaba insensiblemente de mi espíritu.

¿Qué es el pavo? volvía á preguntarme. Es un animal gloton, vanidoso, que pasa su tiempo en hacer la rueda y á quien se lleva por mandados al matadero. ¿Por ventura, no es el hombre lo mismo?

Es gloton: devórale una doble gula, material y espiritual. Su gula material sacrifica millares de inocentes animales y de no menos inocentes plantas: su gula espiritual, gula de poder, de riqueza, de vanagloria y de fasto, sacrifica los pueblos, las reputaciones, las virtudes, los sentimientos, la conciencia. Un conquistador es un devorador de pueblos; un político un devorador de presupuestos; un libertino, un devorador de honras; una coqueta, una devoradora de corazones; una buscona, una devoradora de bolalillos; si, pues, la glotonería distingue al pavo y caracteriza al hombre, este es un pavo con conciencia; es decir, el más culpable de los pavos.

El pavo es vanidoso y significa su vanidad haciendo la rueda. ¿Y qué es la vida de la mayor parte de los hombres, sino una perpétua rueda de pavo? El político que á fuerza de intrigas llega al poder y se reputa grande hombre porque sustituye la idea con el cabildo, la teoría digna con la práctica impura, la viril elocuencia con la palabrería hueca; el literato que se juzga un genio porque acierta á combinar en unos renglones iguales una colección de vaciedades pueriles; el monarca que se cree de naturaleza divina porque la casualidad le puso al frente de un pueblo indigno de gobernarse á sí mismo, y le confió la grave misión de firmar decretos que no entiende ó nombra ministros que le engañen; el hombre del pueblo que no aspira á recoger como fruto del honrado trabajo la economía y el bienestar, sino que hace ostentoso alarde de sus harapos y de su miseria; el aristócrata que funda sus méritos en descender de un bandido feudal y en manejar con habilidad una yegua inglesa; la mujer elegante que se cree encantadora porque sabe despojar su corazón de todo sentimiento y matar la fé y la esperanza de sus amantes con la sonrisa en los labios; todas estas formas diversas de la vanidad y de la ineptitud, todos estos ejemplares de la humana especie ¿qué son sino pavos que hacen la rueda, rueda de vistosas plumas que representan otros tantos pedazos arrancados á la dignidad y á la conciencia?

De esta suerte mi loca fantasía íbame acostumbrando á la idea de considerar la humanidad como una inmensa manada de pavos conducida al matadero; y de tal modo esta idea se apoderaba de todas mis potencias, que perdiendo por completo el sentimiento de la realidad, aparecía ante mis ojos manada infinita de hombres que parecían pavos (cuando no pavos que parecían hombres), conducida al sacrificio por una minoría de locos ó de perversos que por favores y guías suelen tomar los hombres.

¿Qué es, decía en mi delirio, aquel ejército que á tambor batiente y banderas desplegadas se dirige al sangriento campo de batalla á vengar los agravios inferidos por un monstruo que se llama emperador á otro monstruo que se llama rey, sino una imbecil manada

de inocentes pavos, conducidos por un fantasma que se apellida gloria, á una realidad que se apellida muerte?

Aquella turba que un falso profeta guía, prometiéndola voluptuoso paraíso ó místico aniquilamiento, ¿es otra cosa que una manada conducida á ese abismo que se llama *decepción*? Y aquella otra que anhelando un eden terrestre prometido por otro profeta, si menos místico que el primero, no menos impostor, vuela á perecer en las barricadas ó en los cadalsos, manada es llevada á la *anarquía* á nombre de la *utopía*; y lo es la que corre tras el fantasma que se llama *amor* y encuentra la realidad que se nombra *desengaño*; y lo son, en suma, todas aquellas que, conducidas por las pasiones, por las ilusiones y las esperanzas, vienen á parar, crédulas, confiadas y vanidosas, al fondo de ese horrible abismo que se llama *realidad*.

Á tal punto llegaba de mis alucinaciones, cuando la voz de mi criado me despertó anunciándome que la comida se enfriaba. Volví en mi acuerdo, aún mal respuesto de mi horrible pesadilla, miré hácia la calle: sobre la nieve se veía discurrir multitud de pavos que caminaban gozosos á la muerte.

Recordé entonces mi sueño, y al asenchar el acento estentóran del pavero que gritaba: *¿Quién compra pavos, pavos? Creí oír un tío burlón que decía: ¿Quién compra hombres, hombres?* y señalando á las inocentes aves, exclamé con asombro de mi criada, que sin duda en aquel momento me juzgó loco: *¿Una manada de pavos, eso es la humanidad!*

AHEIMAN.

24 diciembre 1871.

## RODELA DE CARLOS V.

Consérvanse en la real Armería de Madrid varios escudos que pertenecieron á Carlos V, algunos magníficos, y entre éstos el llamado *Escudo de Minerva*, cuya copia publicamos hoy en la primera plana de nuestro periódico. Diremos algunas palabras para describirle, siguiendo, como en otras ocasiones análogas, al ilustrado autor del catálogo oficial de dicho Museo.

Esta hermosísima pieza, que tiene por ombligo la cabeza de Medusa, signo distintivo del escudo de Minerva, perteneció, como ya hemos dicho, al emperador Carlos V, según lo demuestra la presencia de sus armas en la orla, en la cual hay cuatro rombos con la inscripción IS TREMOR QUOD VIRTUS ANIMO ET FORTUNA PARET. La expresiva cabeza de la Górgona, de alto relieve, está alada, como suelen representarla algunas veces. El brocal y el centro aparecen laureados y las letras y adornos son de oro damasquinado. Interiormente tiene la siguiente inscripción: PHILIPUS JACOBI ET F. NEGROLI FACIEBANT MDXXXI. Pesa diez libras y dos onzas. Diámetro dos pies y dos pulgadas.

X.

## LOS PRÍNCIPES DE GALES.

El interés que ha despertado recientemente no sólo en la Gran Bretaña, sino en todos los pueblos, el príncipe de Gales, atacado de una cruentísima enfermedad, de una fiebre tifoidea, que ha puesto en inminente peligro la vida del heredero de la corona de Inglaterra, nos ha movido á publicar en el presente número su retrato y el de su angusta esposa.

Alberto Eduardo, príncipe de Gales, duque de Sajonia, de Cornwall y de Rothsay, nació el día 9 de noviembre de 1841 y contrajo matrimonio el 10 de marzo de 1863 con una princesa dinamarquesa, con Alejandra, Carolina, María, Carlota, hija del soberano reinante en Dinamarca, Cristian IX, señora en la que compitan la virtud y la belleza, y que acaba de cumplir, el 1.º de este mes de diciembre, 27 años.

Ligeresas de carácter y extravíos de la mocedad, de los cuales se ha ocupado la prensa europea más de una vez, habían enagenado al príncipe de Gales alguna parte del prestigio y de la popularidad que debe gozar el que ha de regir algún día los destinos de una gran nación; pero desde el momento en que el pueblo inglés vio amenazada la vida de su joven príncipe, no se acordó de otra cosa que del peligro que corría y de la influencia que en el sensible caso de una desgracia podría ésta ejercer en las instituciones, en la tranquilidad y en el porvenir del país.

Nunca, ni en ningún pueblo, se ha manifestado interés más vivo por la vida de un príncipe, ni se han dado pruebas más ostensibles ni generales de monarquismo,

(Lib. 25, cap. xviii). En la comedia de Tirso de Molina *Amor por razón de estado* (Act. I. Es. 17.) dice Enrique:

«Para que tan cuidadoso  
Las artes me han enseñado  
Liberales! Para que  
Ni hacer mal á mi caballo,  
Saber jugar el acero,  
Acometer un realto! etc.



COSTUMBRES POPULARES DE MADRID.—LA PLAZA MAYOR EN LA NOCHE-BUENA.



Bien puede decirse que la atención pública está pendiente en estos momentos de la enfermedad del príncipe de Gales; y es que allí nadie se atreve, como dice oportunamente un periódico, a insultar al que yace en el lecho del dolor; y es que allí encuentran respeto todos los infortunios; y es que el pueblo inglés, eminentemente sensato, rindiendo culto á sus instituciones, hermanando la tradición con la libertad, presente adónde pueden conducirlo la propaganda de Dilke y los extravíos que dominan con abrumador imperio en otras partes. Por eso la multitud silenciosa, compuesta de todas las clases sociales, rodea constantemente, de día y de noche, la casa del ilustre enfermo, y los boletines de los médicos se fijan en las esquinas de las calles, en las puertas de las tiendas y en los edificios públicos, y se leen en las plazas, en la Bolsa, en los teatros y en los templos.

Si la virtuosa princesa de Gales abandona por un momento la cabecera de su esposo para ir al templo á orar, encuéntrase rodeada de personas que oran como ella y por el mismo motivo. La reina prosternada al pie del lecho de su primogénito; los ministros pidiendo al arzobispo de Cantorbery nuevas oraciones para invocar al Todopoderoso, no son para nadie, como tal vez lo serían en otras partes, objeto de burla; y católicos, luteranos, calvinistas, metodistas, anglicanos é israelitas piden al Sér Supremo que conserve la vida del futuro soberano de Inglaterra: ¡oh qué ejemplo! Ya lo hemos dicho: es que aquel pueblo, el más libre de todos los del mundo, tiene el valor y el buen sentido de no renegar ni de su historia, ni de su pasado, ni de su gobierno, ni de Dios.

X.

16 Diciembre 1874.

### LA NOCHE-BUENA DEL CESANTE.

Morena, me pides cena:

Oye, morena,

Lo que pasa en mi casa la Noche-Buena.

Desde que un fiero ministro  
Me arrebató en Noche-Buena,  
Por complacer á un sobrino,  
Mi oficio de sanguijuela,  
Escucha cómo en mi casa  
Los tigres que me rodean,  
De aquel suceso en memoria,  
Celebran la buena nueva.  
Así que cierra la noche  
Se cierra también la puerta,  
Con tranco, llave y cerrojo,  
Por no morder al que venga;  
Y así que en familia estamos  
Con libertad y franqueza,  
Comienzan para nosotros  
Los gozos de Noche-Buena.  
Nos sentamos en la sala  
Mohinos, formando rueda,  
En torno á una mesa coja  
Y á la luz de una candela,  
Nos miramos de reojo,  
Como gente que desea  
Que alguno rompa el silencio  
Para armar la pelotera.  
Si alguno chista hay camorra;  
Mas si nadie arma la guerra  
Las caras, de pura bilis,  
Se nos ponen verdinegras.  
Entonces el más bravío  
Da un puñetazo en la mesa,  
Con lo cual y un ¡voto á Cristo!  
Se desata la tormenta.

Morena, me pides cena:

Oye, morena,

Lo que pasa en mi casa la Noche-Buena.

Dispuesta así la batalla,  
Comienzan las indirectas;  
Cada mirada es un dardo,  
Cada lengua una lanceta.  
Y después de estos preludios  
Con que el coraje se temple,  
Ya cada cual sin empucho  
Se desata á su manera.  
Son emboscadas terribles

La cocina y la despensa  
Donde aguza en el vacío  
Sus dientes alguna fiera;  
Y si hay algún imprudente  
Que pise aquellas tinieblas,  
Muy pronto ó coz ó mordisco  
Le advierte de su imprudencia.  
No hay palabra aquella noche  
Que no arme una pelotera,  
Ni se levanta una mano  
Que no salte alguna muela.  
Al que estornuda es costumbre  
Responderle: ¡Así te mueras!  
Y llamar mándria al que tose  
Porque de tos no revienta.

Morena, me pides cena:

Oye, morena,

Lo que pasa en mi casa la Noche-Buena.

Si por ventura á los naipes  
De pura murría se juega,  
No hay brisca sin repalones,  
Ni tute sin morisqueta.  
Todo encontraron es de muerte,  
Y todo paso comienza  
Midiendo el suelo, y acaba  
Midiendo unas posaderas.  
Nadie duerme aquella noche  
Sin taparse la cabeza,  
Porque una vez por minuto  
Hay vuelo de candilejas;  
Y es fácil que el imprudente  
Que descuida la defensa,  
Anochezca con narices  
Y se levante sin ellas.  
Y como es tanta la bilis  
Que se cria en Noche-Buena  
Y aún nos queda al otro día  
Para amenizar la fiesta,  
El primero que madruga  
Es el primero que pega,  
Y así compensa las horas  
Que ha pasado en abstinencia.

Morena, me pides cena:

Oye, morena,

Lo que pasa en mi casa la Noche-Buena.

Si se nombran, por acaso,  
Balen, pesebre ó estrella,  
Todos los nervios se irritan,  
Se enarcan todas las cajas.  
Quien pide leche aquel día  
Comete grave imprudencia,  
Porque recuerda la vaca  
Y al cabrero que la ordeña.  
Por ser tocayo de un Mago,  
(Aunque es mi amigo de veras)  
Nadie á Melchor esa noche  
Le abre en mi casa la puerta.  
Si por azar van de parto  
La vecina ó la portera,  
Primero muere en el trance  
Que acuden á socorrerla.  
Si á misa del Gallo tocan  
Es de ver como las hembras,  
Como gallinas en celo,  
Patullan y cacarean.  
En oyendo una zambomba  
Saltamos como panteras  
En busca del foragido  
Que insulta nuestra miseria.  
Si lo que suena en la calle  
Es atabal ó trompeta,  
Al punto toda la casa  
Se levanta en son de guerra,  
Y hasta que el eco se pierde  
De aquella música fiera,  
Van las sillas por el aire  
Y por el suelo las mesas.

Morena, me pides cena:

Oye, morena,

Lo que pasa en mi casa la Noche-Buena.

Tras de estos aperitivos  
Viene de molde una cena  
Compuesta de pan y queso  
Por no quebrantar la regla.  
Cada cual toma lo suyo,  
Y escondido en su huertera  
El pan á un tiempo y la rabia  
Devora como una hiena.  
Por raro asombro en mi casa  
Se acaba una Noche-Buena  
Sin que se salte algún ojo  
Ó se quiebre alguna pierna;  
Y hubo noche memorable  
En que al terminar la fiesta  
Se me cenaron un brazo  
Entre mi esposa y mi suegra,  
Si esto no es lo que se llama  
Celebrar la Noche-Buena  
En santa paz y alegría,  
Que venga el diablo y lo vea.

Morena, me pides cena:

Oye, morena,

Lo que pasa en mi casa la Noche-Buena.

Si de esta salgo con vida,  
Que no es fácil que suceda,  
Y el dulce pan de la patria  
No vuelve á abastar mi mesa,  
Ma iré á vivir á un desierto  
Donde entre montes y breñas,  
Buscando por compañía  
Los lobos y las culebras,  
Para ejemplo memorable  
De españolas sanguijuelas  
Escribiré mis desdichas  
Con la tinta de mis venas.

Morena, me pides cena:

Ya ves, morena,

Lo que pasa en mi casa la Noche-Buena.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

### EL JORDÁN, EL ÁRBOL DE ABRAHAM Y LA MEZQUITA DE OMAR.

Hemos creído que en estos días en que la Iglesia conmemora y celebra el nacimiento del Hijo de Dios, nuestros suscritores verían con gusto, fiel y expresamente copiados para LA ILUSTRACION DE MADRID, algunos de los lugares y monumentos de esa Tierra Santa en la que tuvo su cuna la religión del Crucificado; he aquí por qué damos hoy á la estampa los grabados que aparecen en las páginas 380 y 381, hechos sobre los dibujos que se ha servido remitirnos el señor conde de Casa-Sarria, cónsul de España en Jerusalem.

El río Jordán (Eschergah), nace al pie del D'Jible-Cheikh, pasa por el lago Tiberiades, y después de recorrer cuarenta leguas, desemboca en el mar Muerto. La hermosa llanura que baña con su mansa corriente es el Eden de la Palestina, y los viajeros se apresuran á visitar el sitio en que San Juan bautizó á Jesús. Los griegos ortodoxos acuden en peregrinación, formando grandes masas y guiados por un religioso, al lugar que representa nuestro grabado, y allí, después de celebrarse el sacrificio de la misa bajo el techo de una modesta y sencilla tienda de campaña, todos entran en el río y se sumergen en sus aguas con fé vivísima, con esa fé que se despierta en el corazón de los cristianos que visitan los Santos Lugares y que se ha conservado en toda su pureza á través de los siglos.

Conócese con el nombre de *Arbol de Abraham* una añosa y robusta encina que hay cerca de Hebron, en cuya ciudad, llamada en árabe Khadil y Kabo-Ibrahim, se conservan los sepulcros de los antiguos reyes de Judea. La tradición asegura que Abraham recibió á los tres ángeles á la sombra de este soberbio árbol, el más hermoso de su especie; el tronco mide una circunferencia de 7 metros, y algunas de sus airosas ramas, que se extienden horizontalmente, tienen hasta 16 metros de longitud. La encina de Abraham y el espacioso terreno que sombrea su espléndido follaje, han sido adquiridos por los rusos, que han comenzado á construir un edificio para albergar en él á los peregrinos que en gran número van á contemplarla.

La *Mezquita de Omar*, treinta y siete años después de la muerte de Jesucristo, Tito destruyó el célebre

templo de Salomón y sobre sus ruinas edificó el califa Omár, en el 636, una mezquita que llevó su nombre y también el de Koubbet-as-Sakhah; cincuenta años después fué ésta demolida por Abd-el-Melek-iben-Maroncin, é hizo construir en el mismo sitio la magnífica que ahora existe, y que es sin duda alguna el monumento más grandioso que en su género se conoce, y, después de la Meca, el más venerado por los musulmanes. Ningun cristiano podía penetrar hasta hace poco tiempo en esta mezquita; pero en el día, desde la última guerra de Oriente, no es difícil obtener el necesario permiso para visitarla, cuyo permiso lo concede el Bey por mediación de cualquiera de los cónsules de las diversas naciones que tienen agentes acreditados en Jerusalem. En ella está la piedra sagrada en la cual se dice que reclinó su cabeza el Patriarca Jacob, y en la que los turcos pretenden divisar señales del pie de Mahoma, que, según ellos, se colocó sobre esta piedra al hacer su ascension al cielo.

X.

El distinguido escritor D. Pedro Antonio de Alarcón publicará dentro de breves días una colección de sus mejores artículos, entre los cuales figura el muy notable que damos á continuación.

LA NOCHE-BUENA DEL POETA.

«En un rincón hermoso de Andalucía Hay un valle hispano... ¡Dios le bendiga! Que en ese valle Tengo amigos, amores, Hermanos, padres.» (De El Estigio)

I.

Hace muchos años (como que yo tenía siete) que al oscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Ave-Marias, al toque de oraciones, me dijo mi padre con voz solemne:

—Pedro: esta noche no te acostarás á la misma hora que las gallinas; ya eres grande, y debes cenar con tus padres y con tus hermanos mayores. Esta noche es *Noche-buena*.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché aquellas palabras.

¡Yo me acostaría tarde!

Dirigi una mirada de desprecio á mis otros hermanos más pequeños que yo, y me puse á discurrir al modo de contar en la escuela, al otro día del de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera disipacion de mi vida.

II.

Eran ya las *Animas*, como se dice en mi pueblo.

¡En mi pueblo: á noventa leguas de Madrid: á mil leguas del mundo: en un pliegue de Sierra-Nevada!

Aún me parece veros, padres y hermanos! Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar: la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba; en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en casa á presidir la ceremonia de familia; en seguida se hallaban mis padres; luego nosotros, y, entre nosotros, los criados...

Porque en aquella fiesta todos representábamos la *Casa*, y á todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban de pie y las criadas acurrucadas ó de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta al fuego.

Algunos copos de nieve caían por el cañon de la chimenea, ¡por aquel camino de los duendes!

Y el viento silbaba á lo lejos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa, y yo los acompañaba, apesar anyo, con una gran zambomba que había fabricado aquella tarde con un cántaro roto.

¡Conocéis la cancion de los *Aguinaldos*, la que se canta en los pueblos del lado oriental del picacho de Velata!

Pues á esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal, y cantaron coplas como la siguiente:

Esta noche es Noche-buena Y mañana Navidad; Saca la bota, María, Que me voy á emborrachar.

Y todo era bullicio; todo contento: los roscos, los mantecados, el alajú, los dulces hechos por las monjas,

el rosoli, el aguardiente de guindas circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir á la misa del Gallo á las doce de la noche, y á los *Pastores* al romper el alba, y de hacer sorbetes con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento* que habíamos hecho los muchachos en la torre...

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó á mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

La Noche-buena se viene, La Noche-buena se va, Y nosotros nos iremos, Y no volveremos más.

Apesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquel un raptó de intuición impropia de mi edad, fué un milagroso presentimiento, fué un anuncio de los inefables tédios de la poesta, fué mi primera inspiracion... Ello es que vi con una lucidez maravillosa los tristísimos destinos de aquellas tres generaciones allí reunidas y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entraba ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna. ¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo! ¡Y todos los siglos habrían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran después!...

La Noche-buena se viene, La Noche-buena se va...

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repeticion de los hechos contrastando con nuestros leves años de peregrinacion por la tierra...

¡Y nosotros nos iremos, Y no volveremos más!

¡Concepto horrible, sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que me daba la muerte, como el primer gesto que me hacia desde la penumbra del porvenir!

Entonces desfilaron ante mis ojos mil *Noches-buenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían caído juntas y que ya no existían; otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre; los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que les asaltarían en aquel momento: la infancia de mis padres, la primera *Noche-buena* de mi familia; todas aquellas dichas de mi casa anteriores á mis siete años... Y luego adiviné, y desfilaron también ante mis ojos, mil *Noches-buenas* más, que vendrían periódicamente, robándonos vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes; mis hermanos, que se esparcirían por la tierra; nuestros padres, que naturalmente morirían antes que nosotros; *nosotros* solos en la vida; el siglo XIX sustituido por el siglo XX; aquellas branzas hechas ceniza; mi juventud evaporada, mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingratitude con que mis nietos vivirían de mi sangre, reirían y gozarían, cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos...

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba; y como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño y se me mandó acostar...

Lloré, pues, de nuevo con este motivo, y corrieron juntas por consiguiente mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que al dejar la cama el gozoso ruido de una cena á que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), ó por ser ya demasiado hombre (según sospecho yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida.

Al cabo debí de dormirme, pues no recuerdo si quedaron ó no en conversacion la misa del Gallo, la de los Pastores y el sorbete proyectado.

III.

¡Dónde está mi niñez? Parece que acabo de contar un cuento.

¡Qué diablo! ¡Ancha es Castilla!

Mi abuela paterna, la que cantó la copla, murió hace ya mucho tiempo.

En cambio mis hermanos se casan y tienen hijos. Aquel arpa de mi padre rueda entre los muebles viejos, rota y descordada.

Yo no ceno en mi casa hace algunas *Noches-buenas*. Mi pueblo ha desparecido en el oceano de mi vida, como el islote que se deja atrás el navegante.

Yo no soy ya aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia, de curiosidad y de tristeza, que penetraba temblando en la existencia.

Yo soy ya... nada ménos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida, y se engulle de su amplia independencia, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, dendas, amores y tratamiento de usted!!!

¡Oh! Cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma descubierta y templada como un piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes con aquel rapazuelo que tocaba la zambomba hace quince años en un rincón de Andalucía, sonrío por fuera, y hasta lanzó una carcajada, que considero de buen tono, mientras que mi solitario corazón destila en su lóbrega caverna, procurando que no la vea nadie, una lágrima pura de infinita melancolía.

¡Lágrima santa, que un sello de franqueo lleva al hogar tranquilo donde envejecen mis padres!

IV.

Conque vamos al negocio; pues, como dicen los muchachos por esas calles de Dios:

Esta noche es Noche-buena, Y no es noche de dormir. Que está la Virgen de parto Y á las doce ha de parir.

¡Dónde pasará la noche?

Afortunadamente, puedo escoger. Y si no, veamos.

Estamos á 24 de diciembre de 1855, en Madrid.

Conocemos por sus nombres á los mozos de los cafés. Tratamos tú por tú á los poetas aplaudidos, semidioses, por más señas, para los aficionados de lugar.

Visitamos los teatros por dentro, y los actores y las cantantes nos estrechan la mano entre bastidores.

Penetramos en la redaccion de los periódicos y estamos iniciados en la alquimia que los produce.

Hemos visto los dedos de los cajistas tiznados con el plomo de la palabra, y los dedos de los escritores tiznados con la tinta de la idea.

Tenemos entrada en una tribuna del Congreso, crédito en las fondas, tertulias que nos aprecian, asstro que nos soporta...

¡Somos felices! Nuestra ambicion de adolescente está colmada. Podemos divertirnos mucho esta noche. Hemos tomado la tierra. Madrid es pais conquistado. ¡Madrid es nuestra patria! ¡Viva Madrid!

Y vosotros, jóvenes provincianos, que al crepúsculo de la tarde, en el otoño, solitarios y tristes, sacáis á pasear por el campo vuestros impotentes deseos de venir á la corte; vosotros, que os sentís poetas, músicos, pintores, oradores, y aborreceis vuestro pueblo, y no habláis con vuestros padres, y lloráis de ambicion, y pensáis en suicidaros... vosotros... ¡reventad de envidia como yo reventé de placer!

V.

Han pasado dos horas.

Son las nueve de la noche.

Tengo dinero.

¡Dónde cenaré?

Mis amigos, más felices que yo, olvidarán su soledad en el estruendo de una orgia.

«¡La noche es de vino!» exclamaban hace poco.

Yo no he querido ser de la partida. Yo he atravesado ya, sin ahogarme, ese mar rojo de la juventud.

«La noche es de lágrimas» les he contestado.

Mis tertulias están en los teatros. Los honrados madrileños celebran la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo oyendo disparatar á los comediantes!

Algunas familias, en las que soy un extranjero, me han querido dar la limosna de su calor doméstico, convidándome á comer, ¡porque ya no cenamos!... Pero yo no he ido; yo no quiero eso; yo busco mi cena pasqual, la colacion de *Noche-buena*, mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuerdos, las antiguas alegrías de mi alma... ¡la religion que me enseñaron cuando niño!

VI.

¡Ah! Madrid es una pesada.

En noches como ésta se conoce lo que es Madrid.

Hay en la corte una poblacion flotante, heterogénea,

exótica, que pudiera compararse á la de los puertos francos, á la de los presidios, á la de las casas de locos. Aquí hacen alto todos los viajeros que van de paso al porvenir, al reino fantástico de la ambición, ó los que vuelven de la miseria y del crimen...  
 La mujer hermosa viene aquí á casarse ó á prostituirse.  
 La pastega deshonrada á criar.  
 El mayorazgo á arruinarse.  
 El literato por gloria.  
 El diputado á ser ministro.  
 El hombre inútil por un empleo.  
 Y el sábio, el inventor, el cómico, el gigante, el en-

familia, ha desaparecido completamente en las capitales modernas.  
 La casa existe todavía en los pueblos de provincia. En ellos, nuestra casa es casi siempre nuestra. En Madrid, casi siempre es del casero.  
 En provincias, cuando ménos, la casa nos alberga veinte, treinta, cuarenta años seguidos.  
 En Madrid, se muda de casa todos los meses, ó cuando ménos, todos los años.  
 En provincias, la fisonomía de la casa siempre es igual, simpática, cariñosa; envejece con nosotros; nos recuerda nuestra vida... conserva nuestras huellas...

En Madrid, se desconoce todo esto.  
 ¿Y la chimenea? ¿Y el hogar? ¿Y aquella piedra sacrosanta, fría en el verano y durante las ausencias, caliente y acariciadora en el invierno, en aquellas noches felices que ven la reunión de todos los hijos en torno de sus padres, pues hay vacaciones en el colegio, y los casados han acudido con sus pequeños, y los ausentes, los hijos pródigos, han vuelto al seno de su familia? ¿Y ese hogar!... decidme... ¿dónde está ese hogar en las casas de la corte?  
 ¿Será un hogar acaso la chimenea francesa, fábrica de bronce, mármol y hierro, que se vende en las tiendas al



ÁRBOL DE ABRAHAM.

no; así el que tiene una rareza en el alma, como el que la tiene en el cuerpo; lo mismo el monstruo de siete brazos ó de tres narices, que el filósofo de doble vista; el charlatan y el reformador; el que escribe melodías y el que hace billetes falsos, todos vienen á vivir algún tiempo á esta inmensa casa de huéspedes.

Los que logran hacerse notar, los que encuentran quien los compre, los que se enriquecen á costa de sí mismos, se tornan en posaderos, en caseros, en dueños de Madrid, olvidándose del suelo en que nacieron...

Pero nosotros, los caminantes, los inquilinos, los forasteros, nos damos cuenta esta noche de que Madrid es un vivac, un destierro, una prisión, un purgatorio...

Y por la primera vez en todo el año conocemos que ni el café, ni el teatro, ni el casino, ni la fonda, ni la tertulia son nuestra casa.

Es más: ¡conocemos que nuestra casa no es nuestra casa!

## VII.

La casa, aquella mansión tan agrada para el patriarca antiguo, para el ciudadano romano, para el señor feudal, para el árabe; la casa, arena santa de los penates, templo de la hospitalidad, tronco de la raza, altar de la

En Madrid, se revoca la fachada todos los años bissestos, se visten las habitaciones con ropa limpia, se venden los muebles que consagró nuestro contacto.

Allí, nos pertenece todo el edificio; el yerroso patio, el corral lleno de gallinas, la alegre azotea, el profundo pozo, terror de los niños, la torre monumental, los anchos y frescos cenadores...

Aquí, habitamos medio piso forrado de papel, partido en tugurios, sin vistas al cielo, pobre de aire, pobre de luz.

Allí, existe el afecto de la vecindad, término medio entre la amistad y el parentesco, que enlaza á todas las familias de una misma calle...

¡Aquí, no conocemos al que hace ruido sobre nuestro techo, ni al que se muere detrás del tabique de nuestra alcoba, y cuyo estertor nos quita el sueño!

En provincias, todo es recuerdos, todo amor local: en un lado, la habitación donde nacimos; en otro, la en que murió nuestro hermano; por una parte, la pieza sin muebles en que jugábamos cuando niños; por otra, el gabinete en que hicimos los primeros versos... y en un sitio dado, en la cornisa de una columna, en un artesano antiguo, el nido de golondrinas, al cual vienen todos los años dos fieles esposas, dos pájaros de Africa, á criar una nueva prole...

por mayor y al por menor, y hasta se alquilan en caso necesario?

¡La chimenea francesa! ¡Hé aquí el símbolo de una familia cortesana! ¡Hé aquí vuestro hogar, madrileños! ¡Hogar sujeto á la moda; que se vende cuando está antiguo; que muda de habitación, de calle y de patria; hogar, en fin (y esto lo dice todo), que se empeña en un día de spuro!

## VIII.

Ha pasado por una calle, y he oído cantar sobre mi cabeza, entre el ruido de copas y de platos y las risas de alegres muchachas, la copla fatídica de mi abuela:

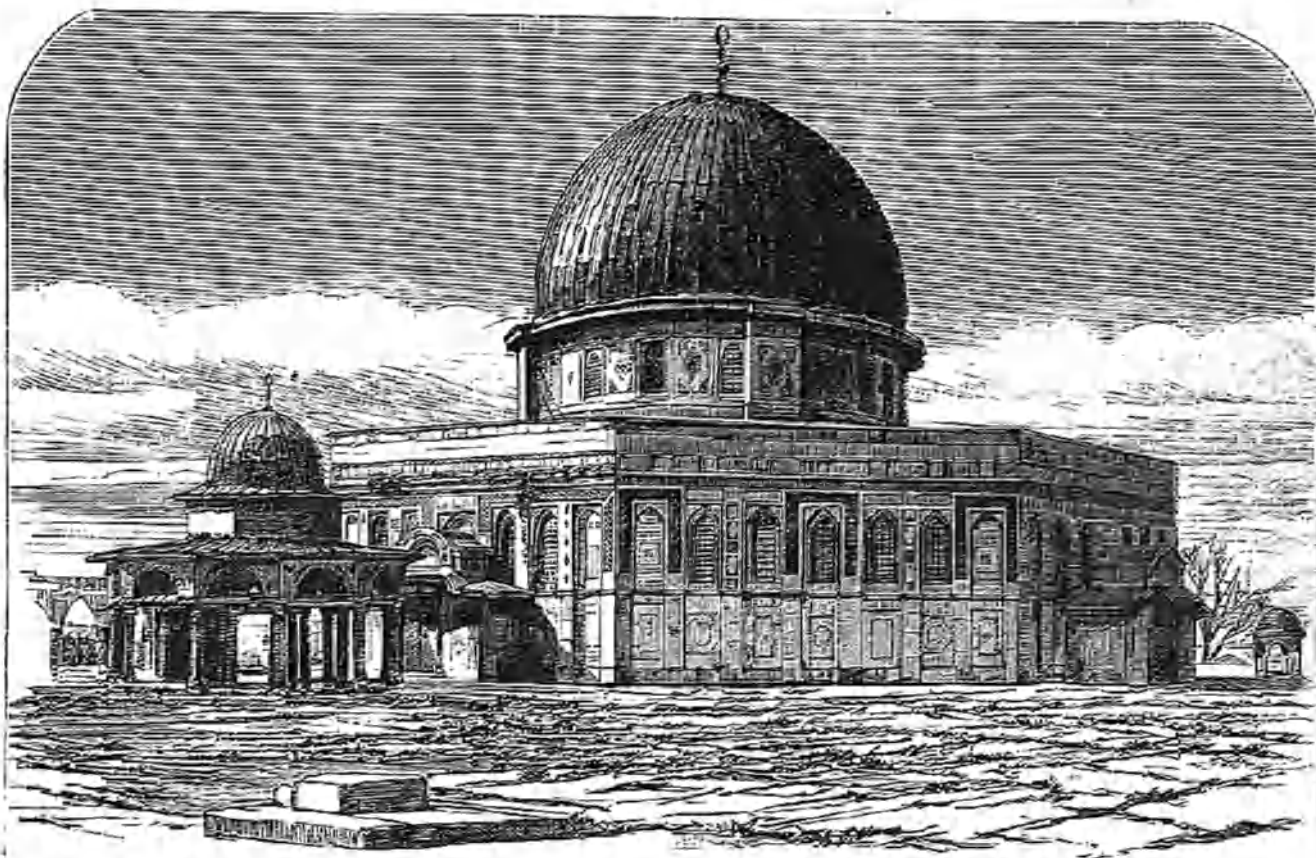
La Noche-buena se viene,  
 La Noche-buena se va,  
 Y nosotros nos tremos  
 Y no volveremos más.

—Hé ahí, me he dicho, una casa, un hogar, una alegría, un amor, una sopa de almendra y un beaugo que pudiera comprar por tres ó cuatro napoleones.

En esto, me ha pedido limosna una madre que llevaba dos niños: uno en brazos, envuelto en su deshilachado manto, y otro más grande, cogido de la mano. Ambos lloraban, y la madre también.



EL JORDÁN.



MERQUITA DE OMAR.

IX.

No sé cómo he venido á parar á este café, donde oigo sonar las doce de la noche, ¡la hora del Nacimiento!

Aquí, solo, aunque bulle á mi alrededor mucha gente, he dado en analizar la vida que llevo desde que abandoné mi casa paterna, y me ha horrorizado por la primera vez esta penosa lucha del poeta en Madrid, lucha en que sacrifica á una vana ambición tanta paz, tantos afectos.

¡Y he visto á los vates del siglo XIX convertidos en gacetilleros, á la Musa con las tijeras en la mano despedazando *sueños*, á los que en otros siglos hubieran cantado la epopeya de la patria, zureir hoy *artículos de fondo* para rehabilitar un *partido* y ganar cincuenta duros mensuales!...

¡Pobres hijos de Dios! ¡Pobres poetas!

Dice Antonio Trueba (á quien dedico este artículo):

¡Halló tantas espinas  
En mi jornada,  
Que el corazón me duele,  
Me duele el alma!...

¡Hé aquí mi *Noche-Buena* del presente, mi *Noche-Buena* de hoy!

Luégo he tornado otra vez la vista á las *Noches-Buenas* de mi pasado, y, atravesando la distancia con el pensamiento, he visto á mi familia, que en esta hora patética me echará de ménos; á mi madre, estremeciéndose cada vez que gime el viento en el cañon de la chimenea, como si aquel gemido pudiese ser el último de mi vida; á unos diciendo: «¡tal año estaba aquí!» á otros «¡dónde estará ahora?!...»

¡Ay! ¡No puedo más! ¡Yo os saludo á todos con el alma, queridos míos! Si; yo soy un ingrato, un ambicioso, un mal hermano, un mal hijo.. Pero ¡ay otra vez y ay cien mil veces! yo siento en mí una fuerza so-

brenatural que me lleva hácia adelante y que me dice: «¡tú serás!» ¡Voz de maldición que estoy oyendo desde que yacía en la cuna!

¡Y qué he de ser yo, desdichado? ¿Qué he de ser?

Y nosotros nos iremos,  
Y no volveremos más.

¡Ah! yo no quiero irme: yo quiero volver: inmolo demasiado en la contienda para no salir victorioso: triunfaré en la vida y triunfaré de la muerte... ¿No ha de tener recompensa esta infinita angustia de mi alma?

Es muy tarde.

La copla de la difunta sigue revoloteando sobre mi cabeza.

La Noche-Buena se viene...

¡Ah! ¡Sí! ¡Vendrán otras *Noches-Buenas!* me he dicho reparando en mis pocos años.

Y he pensado en las Noches-Buenas de mi porvenir.  
Y he empezado á formar castillos en el aire.  
Y me he visto en el seno de una familia ventiders, en el segundo crepúsculo de la vida, cuando ya son frutos las flores del amor.

Ya se había calmado esta tempestad de amor y lágrimas en que zozobro, y mi cabeza reposaba tranquila en el regazo de la paciencia, ceñida con las flores melancólicas de los últimos y verdaderos amores.

¡Yo era ya un esposo, un padre, el jefe de una casa, de una familia!

El fuego de un hogar desconocido ha brillado á lo lejos, y á su vacilante luz he visto á unos seres extraños que me han hecho palpar de orgullo.

¡Eran mis hijos!...

Entonces he llorado...

Y he cerrado los ojos para seguir viendo aquella claridad rojiza, aquella profética aparición, aquellos seres que no han nacido...

La tumba estaba ya muy próxima... Mis cabellos blanqueaban...

Pero ¿qué importaba ya! ¿No dejaba la mitad de mi alma en la madre de mis hijos? ¿No dejaba la mitad de mi vida en aquellos hijos de mi amor?

¡Ay! En vano quise reconocer á la esposa que compartía allí conmigo el anochecer de la existencia...

La futura compañera que Dios me tenga destinada, esa desconocida de mi porvenir, me volvía la espalda en aquel momento...

¡No: no la veía!... Quise buscar un reflejo de sus facciones en el rostro de nuestros hijos, y el hogar empezó á apagarse.

Y cuando se apagó completamente, yo seguía viéndolo...

¡Era que sentía su calor dentro de mi alma!

Entonces mormuré por última vez:

La Noche-Buena se va...

Y me quedé dormido... quizá muerto.

Cuando desperté, se había ido ya la Noche-Buena.

Era el primer día de Pascua.

1883.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

cho más grande, indicando claramente la diferencia radical entre las leyes naturales que presiden el desarrollo de la población y la multiplicación de las subsistencias.

Hecha esta aclaración explícita y terminante, que procediendo de una autoridad tan respetable como la del Sr. Thonissen, da gran fuerza á las conclusiones del Sr. Cánovas del Castillo, el académico belga, entrando en algunas apreciaciones de orden secundario, no participa de la opinión de nuestro escritor respecto á que el anónimo español haya sido el primer expositor de los fundamentos en que está basada la doctrina del abate Malthus y la teoría de Malthus. «No repetiremos, dice á este propósito el Sr. Thonissen, con el sabio colaborador de LA ILUSTRACION, que la ley de vida haya sido formulada en primer lugar por el economista anónimo cuya doctrina reivindica para gloria de su patria. Antes por el contrario, creemos que tarde ó temprano se descubrirán otros muchos precursores del ilustre autor del *Ensayo sobre el principio de población*. El error se propaga á veces y se arraiga con tal fuerza y extensión que parece irresistible; pero es preciso añadir, para gloria del hombre, que en medio de estas tinieblas del mundo moral, despuntan constantemente algunos rayos de luz. Hay siempre algunas almas privilegiadas que conservan las ideas sanas, los principios verdaderos, las aspiraciones legítimas, y que después de luchar largo tiempo contra las aberraciones populares, alcanzan por fin la dicha de ver triunfar la causa de la razón y de la verdad.»

En estas juiciosas reflexiones de Mr. Thonissen nada hay, en nuestro concepto, que disienta de lo dicho por el Sr. Cánovas del Castillo, pues este escritor, al decir que la ley de vida ha sido formulada primero por el anónimo español, por el abate Malthus después y al fin por Malthus, no ha hecho más que determinar el orden de prelación entre los escritores que conocidamente han coincidido en la misma doctrina. Pero sea de esto lo que quiera, lo importante era consignar, con el beneplácito de autoridades científicas como la del Sr. Thonissen, que más de seis años antes que naciesen el abate Malthus y el economista inglés, uno de esos espíritus que se anticipan al tiempo y hacen surgir un rayo de luz entre las tinieblas del error, había comprendido y explicado el fundamento de lo que hoy se llama el principio de población.

El Sr. Thonissen no deja de consignar en su informe á la Academia de Bruselas el carácter excepcional de las conclusiones del anónimo español, como ya lo había hecho el Sr. Cánovas del Castillo; y con este motivo hace un parangón entre el precursor de Malthus y el economista inglés.

«Cuando Malthus, dice Mr. Thonissen, recomienda el límite moral, sus razonamientos fríos no denuncian de ningún modo la pluma del pastor de una comunidad cristiana, es un calculador que aprecia, con la calma de un hombre de negocios, las ventajas y los inconvenientes del matrimonio y de la familia; es un inglés que determina, con la flemia propia de nuestros vecinos del otro lado de la Mancha, la suma de desventajas y desgracias que resultan, á su juicio, de la persistencia de una población exuberante. Al proponer el remedio que juzga oportuno se dirige á la inteligencia, á la razón, al interés bien entendido de sus conciudadanos. El ministro del santo Evangelio desaparece aquí por completo.»

De muy distinta manera procede el economista español, exhumado por el Sr. Cánovas del Castillo, y para el cual, el sabio, el economista, el hombre de Estado, son inseparables del católico fiel, profundamente penetrado de la santidad y de la eficacia social de los dogmas del cristianismo. Prodigia las citas bíblicas, las máximas piadosas; invoca las enseñanzas de la Iglesia, y sus razonamientos no se despojan nunca de un carácter arraigadamente cristiano. Podríamos llamarle un economista místico.

El autor de los *Arcaños de la dominación* afirma, como Malthus, que la peste, el hambre, la guerra y las revoluciones aparecen donde quiera que el número de la población deja de estar en armonía con las fuerzas productoras del país; conoce, en una palabra, los hechos de reacción violenta y brutal que el economista inglés designa con el nombre de *obstáculos positivos*. También él quiere que el hombre, dotado de razón y de libertad, precave estas desgracias con prudencia, viviendo castamente, absteniéndose de fundar una familia mientras no posea los recursos necesarios para criar y educar, como conviene, á su descendencia; ó lo que es lo mismo, recomienda el límite moral. Pero así como Malthus se contenta con dirigir una excitación al buen sentido y al interés bien entendido de sus compatriotas, el autor es-

pañol propone que este límite moral sea el resultado de un conjunto de instituciones y de leyes, puestas bajo la égida tutelar de la Iglesia y del Estado, estrechamente unidos.

«Entre los remedios que indica, coloca en primera línea, el celibato eclesiástico y la fundación de numerosos conventos.»

Mr. Thonissen cita las propias palabras del anónimo español, y continúa:

«Más de un economista católico de nuestro siglo ha visto en los conventos un remedio, siquiera parcial, contra el exceso de la fecundidad indefinida de la especie humana; pero el anónimo español, que ha ido más allá que todos ellos, más severo y más atrevido, no se detiene en este límite. Quiere que la ley, después de haber facilitado el celibato de los individuos de las congregaciones religiosas, dicte medidas eficaces para estimular en el mismo grado el celibato de un número inmenso de laicos. Adoptando y predicando la antipésis de los sistemas empleados por Ciro, Augusto, Napoleón I, y tantos otros monarcas de los tiempos antiguos y modernos, pide que los gobiernos concedan gran protección á los célibes, y abrumen con todo el peso de su disfavor á los hombres casados.»

Mr. Thonissen continúa haciendo la crítica de los medios propuestos por el anónimo español, medios que el Sr. Cánovas del Castillo ha enjuiciado de ineficaces, impíos ó extravagantes, y en los cuales el mismo economista del siglo XVIII no veía tampoco una gran panacea contra el mal que trataba de combatir. La ciencia no la ha encontrado todavía, y como observa con mucha razón el Sr. Cánovas en el artículo de que se hace cargo el sabio académico de Bruselas, no son mucho más prácticos ni eficaces los remedios imaginados por los modernos economistas. En efecto, ¿cómo resuelva hoy la ciencia el pavoroso problema? Existe un mal social suspendido sobre la humanidad como otra espada de Damocles, una llaga sobre la cual se había puesto el dedo mucho antes que el espíritu investigador de los tiempos modernos pusiera en ella el escalpelo: la población tiende á crecer más rápidamente que los medios de existencia. ¿En qué remedios confía la ciencia para atajar ó prevenir este mal? En la libertad de los individuos para apartarse de la reproducción, en la mayor rapidez de la mortalidad; es decir, en el hecho fatal de que el número de los hombres tiende á disminuir cuando faltan los medios de subsistencia. La economía política no ha dado, pues, en este punto un gran paso desde que el anónimo español, con mejor deseo que criterio práctico, llegaba á las violentas conclusiones que ha dado á conocer el Sr. Cánovas del Castillo.

No se trataba, por consiguiente, de discutir el valor de estas ideas, como lo reconoce muy juiciosamente el Sr. Thonissen. Lo que importaba era dejar consignado que en la doctrina del escritor español del siglo XVII, cuya existencia nos ha revelado el Sr. Cánovas, se encuentran todas las bases, sin excepción alguna, de la teoría de Malthus, y que el descubrimiento del publicista mencionado, como reconoce terminantemente el señor Thonissen al finalizar el informe de que con brevedad nos hemos ocupado, «es un nuevo jalón plantado en el vasto dominio de la historia, aún tan incompleta, de la filiación de las ideas económicas.»

X.

## NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuacion).

María alzó un momento la cabeza y miró á lo largo de la veredita que nace al pie de su casa y vió llegar á Manolo que, á pesar de tener un carácter sobradamente duro, al verla se echó á llorar como un chiquillo, y

Cuando un hombre que es muy hombre  
Las lágrimas deja ver,  
Allá en el fondo del alma  
¿Que pena debe tener?

— Manolo de mi alma! dijo María vertiendo un mar de lágrimas por sus ojos.

— María, corazóncito mío, no lloras!... respondió aquel casi sin poder articular palabra; y reponiéndose un poco continuó: María de mi corazón, mira que necesito valor, y si te veo de ese modo me va á matar la pena!...

\* Véase el número correspondiente al 15 de julio del presente año.

\* 1883 de D. Julián Romero.

—Y cómo quieres que esté, si se me llevan el alma!...  
 —;Dios nos unirá, hija mía, Dios nos unirá!...  
 —;Y tu padre y tu pobre madre?... preguntó María sollozando.  
 — ¡Calcula por tí, vida mía!... ¡Los dejo solos, completamente solos!... ¡Ya son viejos!... Cuando cumpla... ¡los volveré a ver!... ¡Y tú, María... te olvidarás de tu Manolo? Dicen que los ausentes se parecen á los muertos y

¡Ay! ¡Desgraciado de aquel que pone su cara en tierra, que al que queda por acá, tarde ó temprano se alegra!

—¡Manuel, quieres que además de las penas que la suerte me proporciona, sienta las que me den tus ingratitudes?

—¡Por qué repuso Manolo.  
 —¡Por qué? ¡No ves que dudas de mí! ¡No ves que crees que puedo olvidarte!

¡No pienses, dueño querido, que yo te pueda olvidar. Lo que en mi pecho se encierra Mis obras te lo dirán!

—¡Lo sé ángel mio, lo sé!... La pena me hace hablar desatinos, repuso Manuel, y después de una breve pausa continuó diciendo: Mira, corazón mio, despídeme de tu madre mañana; yo he querido venir esta tarde, pero me ha sido imposible. Al ser de día nos vamos y no quiero ver ahora á nadie más que á tí. Necesito estar á tu lado, y no pensar en nada más que en tí, durante los pocos momentos que me quedan de estar en el pueblo que me vió nacer y que quizá no me verá morir!

—Mira que mi madre va á sentir no verte... durmiendo está, pero la llamaré.

—No, déjala, déjala; ni digas nada al tío Pedro... despídeme de ellos... no quiero ver á nadie, ¡á nadie más que á tí!

María quiso hablar, pero Manolo no se lo permitió, diciéndola.

—Te lo pido por tu cariño y luego continuó: Acuérdate mucho de mí, y cuando lleguen las seis de la tarde y no veas llegar á tu pobre Manuel, deja escapar un suspiro, que los vienteojos de la tarde harán llegar á mí, á cambio de otro que te trasarán de mi parte.

—Cuando llegue la noche y te asomes á esta ventana, y tampoco me veas llegar, fija tus ojitos en el cielo, que yo le estaré también mirando y te enviaré desde donde me halle, envuelto en una lágrima, todo el cariño de mi corazón!

—;Manolo de mi alma, repuso María, y no te veré más, y pasarán las horas, y los días, y los meses, y los años, y no te podré decir cuánto te quiero y no te podré ver!... ¡Y, sin embargo, te esperaré todos los días, y lloraré como ahora, cuando vea que te espero en balde!... ¡No me olvidéis!... ¡Tú vas á correr el mundo; en él encontrarás mujeres más bonitas que yo, más buenas también, pero ninguna te querrá como yo te quiero!... ¡No me dejes por ellas, porque me matarás!... ¡Tengo fe en tu cariño; yo te esperaré hasta que vuelvas!... ¡Y si después hubieras cambiado y no quisieras ya á tu pobre María... me quedaré sola en el mundo, porque tuya ó de nadie!... ¡Te lo juro por la vida de mi madre!... Por estas lágrimas que vierto, acuérdate siempre de lo que te estoy diciendo... Manuel de mi corazón!

Mañana al rayar el día Ya estarás lejos de aquí, Mi vida, sólo te pido Que no te olvides de mí!

—No tengas cuidado María, respondió Manolo,

¡Por más que de tí me aparten Más y más te he de querer, Que es mi corazón diamante Que no han de poder romper!

Poco a poco iba apagando la luna sus opacos resplandores, al mismo tiempo que la aurora esparcía en torno suyo anchas cintas de inciente plata y de encendida rosa.

Los dos amantes apenas se habían apercibido aún de la proximidad del nuevo día, cuando oyeron el metálico son de una corneta.

El momento fatal había llegado.

Manuel extendió sus brazos y recogió en ellos á la pobre María que apenas el dolor la hacía comprender su pena.

—¡Adios, María de mi alma! dijo Manuel, á quien las lágrimas le abogaban.

—¡Manolo! ¡Manolo! balbuceó María, y desusada de

los brazos de Manuel cayó de rodillas al pie de la ventana sin poder articular más palabra.

Manuel ocultó la cara entre sus manos y echó á correr; al llegar al final de la loma en que se hallaba la casa, volvió la cabeza y vió á María, que le enviaba su postrer saludo.

Manolo desapareció por completo, y la infeliz María, alzando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Virgen mía, que no me olvide!

El tío Pedro, al oír los sollozos de la pobre niña, levantóse renegando por haberse dormido, pues se había echado sin desahucarse, con objeto de haberse levantado al sentir á Manuel; pero el cansancio y las emociones del día anterior habían truncado sus propósitos.

Interrogó á María al verla tan acongojada y no pudo obtener de ella más que esta lacónica respuesta:

—¡Se vá! ¡Se vá!...

Antonia, que no había podido pegar los ojos en toda la noche, oyó llorar á su hija, que ya no podía reprimirse, y acudió á consolarla.

María da un grito de pronto, unas voces habían llegado á sus oídos, se dirige corriendo á la ventana, y un grupo de hombres atravesaba el camino real.

Antonia se acerca á su hija para interrogarla, mira por la ventana y ve el mismo grupo de hombres que se alejaban. Se fija un poco y oyó que aquellos hombres cantaban.

¡Dicen que la golondrina Pasó la mar en un vuelo, Así la pasará yo Cuando cumpla, sino muera!

Antonia llama á su hija, pero ella, fija la vista en el horizonte, seguía aquellos hombres que se iban perdiendo de vista poco á poco.

Por fin desaparecieron por completo.

María se arrojó en brazos de su madre, y el sol, mostrándose entonces vivo y esplendoroso, alumbró el primer día de amargura que sintió el corazón de aquella inocente niña!

X.

—¡Adónde vas tan deprisa? le preguntó Pepe á Carmen una mañana, al verla atravesar la calle Mayor.

—¡Hola, eres tú! ¡Yo creía que te habías muerto!... contestó aquella.

—Pues ya ves que no, repuso Pepe.

—¡Ni tampoco te has ido con los quintos que se fueron antes de ayer!

—¡Como que no he caído soldado!

—Aunque hubieras salido quinto lo mismo hubiera sido. Para lo que te importa.

—¡Cómo que no me importaba? repuso Pepe.

—Pues claro!... A no ser que te hayas vuelto *carroño*, replicó Carmen.

—Yo no me he vuelto nada, dijo Pepe... amostazado del despego de Carmencilla.

—¡Qué son ocho mil reales para un hombre como tú, que tiene más dinero que pesa! añadió aquella. Pero tú como buen bribon, tienes suerte; sí, sí, continuó Carmela. Te llamo bribon porque puedo... Pero ya hablaremos de eso.

—¡Y por qué no ahora? repuso Pepe.

—Porque voy á la botica por unas drogas que le ha mandado el cirujano á mi madre.

—Pues qué tienes? preguntó aquel con interés.

—Nada, que le ha dado un soponcio de resultas de una reyerta que tuvo anoche con mi padre, y se ha quedado algo cariacontecida.

—¡Y cuándo vamos á tratar de aquello? replicó Pepe, que vió el cielo abierto al conocer que Carmen estaba un poco más humana.

Á la noche, contestó aquella, y despidiéndose de su pretendiente pasado con honores de futuro, fué á la botica por las susodichas drogas para su madre.

Poco tiempo después de haber hablado Carmen con Pepe, llegaba á su casa con los medicamentos que le habían recetado á su madre, donde se encontró con Antonia, que á la cabecera de la cama de Petra trataba de consolarla con cariñosas razones.

Lo mismo fué ver Carmen á Antonia, púsose como una grana, y dejando los tarretes sobre una mesa que en la alcoba había, salió casi sin hablar una sola palabra.

La antipatía de Carmen hacia Antonia y su hija había llegado á su colmo.

La envidia hace los peores enemigos.

Comprendió Antonia que Carmen debía tener algun resentimiento con ella, y queriéndose informar le dijo á Petra:

—¡Has visto qué modo de hablarme tiene tu hija? ¡Sabes si tiene algun enfado con María ó conmigo?

—No, Antonia, replicó la interperada, mi hija no

tiene resentimientos hacia ninguna de vosotras. ¡Lo que tiene es envidia!

—¡Envidia!... ¡Y de qué!

—De todo!

—¡No lo entiendo! contestó Antonia.

—¡Hay personas, añadió Petra, que no pueden resistir á los que valen más que ellos! Cuando el alma es muy pequeña, desecha los sentimientos nobles y sólo da cabida á las pasiones más bajas y groseras. ¡Carmen no es buena y no puede querer á las que, como tú y tu hija, lo son!

Y la desventurada Petra se echó á llorar sin consuelo. No hay nada más triste para una madre, que verse obligada á confesar las faltas de sus hijos...

Antonia trató de serenarla lo mejor que supo, hablándole de mil cosas diferentes, separando la conversacion de su familia, origen de todos sus pesares y tristezas.

Así que estuvo Petra un poco más tranquila despidióse Antonia de ella, ofreciéndola volver aquella misma tarde para hacerla compañía hasta el anochecer.

XI.

Desde el día que Manolo salió de un pueblo, no había tenido nadie noticias de él.

María estaba sumamente triste, y de resultas al tío Pedro le trajan hecho un azacañ.

Apénas pasaban dos horas sin que el viejo fuera á casa de los futuros suegros de María, á pedir noticias del muchacho; pero inútilmente.

Al cabo de quince días recibieron, por fin, los padres de Manolo una carta, escrita por un compañero de su hijo, en la cual les decía que el chico se hallaba en Madrid gravemente enfermo.

El efecto que esta malhadada nueva causó á María, se comprenderá fácilmente recordando lo que esta pobre niña amaba al muchacho.

Dicho compañero se ofreció también á escribirles dándoles razon de Manolo mientras él no estuviera en disposición de hacerlo por sí propio.

Todos aguardaban con ansiedad la segunda misiva del compañero de Manuel, y si malas noticias encontraron en la primera, aún fueron peores las que leyeron en la segunda. Manolo se había agravado hasta el punto de que los médicos no daban ya muchas seguridades sobre su vida.

Para abreviar, pocos días después se supo que Manuel estaba sacramentado y que probablemente cuando recibieran aquella carta habria dejado de existir.

Esto hizo tal impresion á María que estuvo unos días como loca, cayendo después en una postracion tal, que puso en mucho cuidado al tío Pedro y á Antonia.

Todo indicaba claramente que Manolo debiera haber fallecido, tanto más, cuanto que no volvieron á tener razon alguna de él, y este silencio se interpretaba como precursor de la desgraciada noticia de su muerte.

(Se continuará.)

SOLUCION

AL JEROGLIPTICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR:

Las novelas subrotienen.

ADVERTENCIA.

Con el número próximo repartiremos á nuestros suscritores el índice, la portada y cubierta que han de servir para encuadernar el tomo correspondiente al año de 1871.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CURA, FUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses . . . . .	22 »	Medio año . . . . .	35 »
Medio año . . . . .	42 »	Un año . . . . .	60 »
Un año . . . . .	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses . . . . .	30 »	Un año . . . . .	240 »
Seis meses . . . . .	56 »	Cada número suelto en Madrid . . . . .	4 »
Un año . . . . .	100 »		



—Mira, Nicostrato, yo no sé si esto es immanente ó trascendental; lo que mis hijos y yo sabemos, es que hoy has de comprar el pavo.



—Vamos á comprar ese individuo de la familia de las gallináceas, Restituta, y sea esta la postrera debilidad indigna de un filósofo. Veo con dolor que el positivismo de Augusto Comte y de Littré hace estragos en tu razon, y que olvidas á Krause.



—Aristóteles, Aristóteles, hijo mío; llama á ese inconsciente mercader de aves. ¡Ay! ¡Qué hijo, Restituta! No ve, como el animal descrito por Ahrens, más que lo individual, lo particular en las cosas, lo que cae bajo los sentidos, Jamás será krausista.



—¡Tres duros! Hombre, á Vd. le falta el poder de reflexionar las ideas, el pensamiento puro. ¿Ha leído Vd. la Crítica de la razon pura?



—¡Mamá! ¡Qué atracción me corrá dar con este fenómeno psíquico, como llama papa al pavo!



—Puro espíritu! La distincion entre el alma del animal y la del hombre, es meramente accidental. (SILABERGO.)



—Nicostrato; hay ejemplares de la raza felina, dotados de una percepcion exquisita. El gato es esencialmente individualista. ¿Sabes cuál es su objetivo?



—¡El pavo, Restituta, el pavo! Fichte lo ha dicho: Nada falta al espíritu, sea sea siquiera, de cuando necesita para su peculiaridad característica; mas al contrario, necesita la misma perfeccionidad que el hombre.

# ÍNDICE

## DE LOS ARTÍCULOS Y GRABADOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

**NÚMERO 25. Texto.**—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—D. Gustavo Adolfo Becquer, por D. Narciso Campillo.—Revista de los trabajos de las Academias y Sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Florencio Janer.—Costumbres del siglo XVII. A estudiar á Salamanca, por D. Julio Monreal.—El bergantín «Caritá», por D. Narciso Campillo.—El amor del porvenir ó el porvenir del amor, por D. José Fernandez Bremon.—La condesa de Espoz y Mina, por C.—Atentado contra el general Prim.—Anales de la virtud. Valor sereno (poesía), por doña Concepcion Arenal.—Teatros, por D. A. Sanchez Perez.—Sesion régia del día 2 de enero de 1871. El rey jura la Constitucion del Estado.—Cantares, por D. José de Fuentes.

**Grabados.**—Doña Juana María de Vega, condesa de Espoz y Mina, dibujo de D. A. Perea.—Entrada del rey en Madrid. Aspecto de la plaza de las Cortes al entrar S. M. en el Congreso de los Diputados, dibujo de D. José Casado del Alisal.—Sesion régia del día 2 de enero de 1871. El rey jura la Constitucion del Estado, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Atentado contra el general Prim.—Entierro del general Prim, dibujo de D. F. Pradilla.—Jeroglífico.

**NÚMERO 26. Texto.**—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—La Serrana de la Vera, por D. V. Barrantes.—D. Hilarión Eslava, por D. J. M. Esperanza y Sola.—El barrio de las musas, por D. Francisco M. Tubino.—Costumbres del siglo XVII (continuación), por D. Julio Monreal.—El bergantín «Caritá» (conclusion), por D. Narciso Campillo.—Eduardo Zamacois (apuntes biográficos), por D. Manuel del Palacio.—El dios de las batallas, por D. José Fernandez Bremon.—Revista musical, por D. Antonio Peña y Goñi.—Roma. Inundacion del Ghetto (barrio de los judíos).—Visita de S. M. el rey al cuartel de San Gil.—Funerales de D. Pascual Madoz en Barcelona.

**Grabados.**—Don Hilarión Eslava, dibujo de D. Alfredo Perea.—S. M. el rey pasa revista al cuarto regimiento montado de artillería, en el cuartel de San Gil, dibujo de J. L. Pellicer.—Funerales de D. Pascual Madoz en Barcelona, del mismo.—Roma. Inundacion del Ghetto (barrio de los judíos), del mismo.—El hogar de una casa propiedad del duque de Frias, en Ocaña, copia de un dibujo del Sr. Becquer, por D. F. Pradilla.—Zaragoza. Algunos habitantes disponen su marcha huyendo de la inundacion, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Eduardo Zamacois, dibujo de D. A. Perea.—La Maja, boceto de Eduardo Zamacois, dibujo de D. A. Perea.—Jeroglífico.

**NÚMERO 27. Texto.**—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—Don Antonio Ros de Olano.—La Serrana de la Vera (continuación), por D. Vicente Barrantes.—D. Hilarión Eslava (conclusion), por D. J. M. Esperanza y Sola.—Costumbres del siglo XVII (conclusion), por D. Julio Monreal.—Tradiciones asturianas. El armitaño, por D. Luciano Garcia del Real.—Viaje al corazon de una mujer, por D. Salvador María Granés.—Un episodio del bombardeo de Estrasburgo, por D. Jaime Clark.—Campana franco-prusiana (continuación), por D. Eduardo de Mariátegui.—Teatros, por D. A. Sanchez Perez.—El castillo y tierra de Coca, antigua Cauca (Segovia), por D. Ricardo Villanueva.

**Grabados.**—D. Antonio Ros de Olano, de una fotografia de Laurent.—Entrada de los alemanes en el fuerte Viestre, dibujo de D. J. L. Pellicer.—El teatro de Estrasburgo, después del bombardeo, dibujo de D. N. Domec.—Mercado y matadero de caballos en París, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Entrada al despacho de carne de caballo en París, del mismo.—Revista militar del día 29 de enero. Las tropas desfilan

delante del rey, del mismo.—Castillo de Coca en la provincia de Segovia, tomado desde el S. E., dibujo de D. N. Domec.—Recuerdos de un viaje. La conduccion de un cadáver en un pueblo, dibujo de D. N. Mejía.—Recuerdos de un viaje. El médico de la aldea, dibujo de D. N. de Valdivieso.—Jeroglífico.

**NÚMERO 28. Texto.**—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—La Serrana de la Vera, comedia de Lope (continuación), por D. Vicente Barrantes.—Lisboa en 1870, por Rosi.—El poeta portugués J. Simoes Dias, por D. Luis Vidart.—El barco fantasma, novela original, por D. Antonio de San Martín.—Bibliografía, por D. J. M. Escudero de la Peña.—A un alma (poesía), por D. Alvaro Romea.—El vil metal, por D. José Fernandez Bremon.—Los muros de Gerona.—Curiosidades del Parque de Madrid.—Revista musical, por D. Antonio Peña y Goñi.—Corona imperial de la Virgen del Sagrario en Toledo, por D. Eduardo de Mariátegui.—D. Cristino Martos, por D. N. C.—Oudrid y Egullaz.—Sorteo de la loteria nacional en Madrid.

**Grabados.**—Corona imperial de la Virgen del Sagrario en Toledo.—D. Cristóbal Oudrid, dibujo de don A. Perea, tomado de una fotografia del Sr. Juliá.—D. Luis Egullaz, de los mismos.—Lisboa en 1870. Fórico do passeio público, dibujo de D. N. Domec.—La estudiante en vispera del Carnaval, dibujo de D. F. Pradilla.—D. Cristino Martos, dibujo de D. A. Perea.—Los muros de Gerona, dibujo de don J. L. Pellicer.—El elefante Pizarro, del mismo.—Carneros de Astrakan, del mismo.—Sorteo de la loteria nacional en Madrid, del mismo.—Jeroglífico.

**NÚMERO 29. Texto.**—Ecos, por X. Y. Z.—La villa de Turégano, por D. Ricardo Villanueva.—Primeros pobladores de España, por D. Carlos Laxalde.—Arqueología cristiana, por D. José Amador de los Rios.—La Serrana de la Vera (continuación), por D. Vicente Barrantes.—El Ateneo por dentro, por Ahri-man.—El barco fantasma, novela original (conclusion), por D. Antonio de San Martín.—Lisboa en 1870, por Rosi.—Las flores silvestres (poesía), por D. Antonio Arnao.—D. Jesús de Monasterio.—Teatros, por D. A. Sanchez Perez.—Códice americano del Sr. Miró.—Decoracion del primer acto del drama «Pizarro ó la conquista del Perú» ejecutado en el teatro de la Alhambra el 25 de febrero de 1871.—Silencio (poesía), por D. Julio Monreal.

**Grabados.**—D. Jesús de Monasterio, dibujo de D. Alfredo Perea, tomado de una fotografia del Sr. Juliá.—Lisboa en 1870. Interior del palacio de Monserrat (Mister Cook), en Ciutra, dibujo de D. Francisco Pradilla.—Elecciones. Colegio electoral de la Universidad de Valencia, dibujo de D. Manuel Felgu.—Ateneo. Salon llamado de los Viejos, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Castillo de Turégano en la provincia de Segovia, tomado desde el S. E., dibujo del Sr. Domec.—La calle de la Casa en Madrid, dibujo de D. F. Pradilla.—Códice americano del Sr. Miró, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Decoracion del primer acto del drama «Pizarro ó la conquista del Perú», dibujo de D. F. Pradilla.

**NÚMERO 30. Texto.**—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—Discurso pronunciado en la Universidad de Madrid, en las conferencias para señoras durante el curso académico de 1869 á 1870, por D. F. Pi y Margall.—Arqueología cristiana, por D. José Amador de los Rios.—La Ópera española, por D. Antonio Peña y Goñi.—La Serrana de la Vera (continuación), por D. Vicente Barrantes.—Primeros pobladores de España (conclusion), por D. Carlos Laxalde.—Lisboa en 1870 (conclusion), por Rosi.—La calva, por don

E. de Lnatonó.—Mercado de San Miguel en Madrid.—Buen remedio (poesía), por D. Julio Monreal.

**Grabados.**—Desembarco de S. M. la reina en Alicante, croquis del Sr. Florez.—Entrada de S. M. la reina en Madrid, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Ópera española. Decoracion del segundo acto de «Marina», dibujo de D. F. Pradilla.—Ópera española. Decoracion del tercer acto de «Marina», dibujo del mismo.—Ópera española. Artistas que han cantado «Marina»: angiolina Ortolani Tiberini. Enrique Tambarlick. Gotardo Aldighieri. Luis Cassier, dibujos de D. A. Perea.—Ilustraciones correspondientes al artículo Arqueología cristiana.—Madrid. Mercado de San Miguel, dibujo de D. F. Pradilla.

**NÚMERO 31. Texto.**—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—Aliaga, presento autor de «D. Quijote el Malo», por D. Francisco M. Tubino.—Los teatros de Alemania, por D. Jaime Clark.—La Serrana de la Vera, comedia inédita de Velez de Guevara, por don V. Barrantes.—Los essantes, por D. E. Zamora y Caballero.—¿Pasó el invierno? Traducción de Victor Hugo (poesía), por D. Manuel de la Revilla.—Melancolia (poesía), por doña Faustina Saez de Melgar.—Canto de los marineros antes de entrar en el combate (poesía), por D. Ernesto Garcia Ledeyese.—El rapé y el tabaco, por D. M. Ramos Carrion.—Cercanías de Lisboa, por Roal.—El período de reposo, por D. José Fernandez Bremon.—D. Francisco Javier de Isturiz y Montero.—D. Antonio Garcia Gutierrez.—Cuadro de D. Juan Garcia Martinez.—Poesía, por D. José Pulg Perez.—Apertura de las Cámaras el día 3 de abril de 1871.—La estatua de Murillo.

**Grabados.**—Estatua de Murillo, ejecutada por el señor Medina, dibujo de D. F. Pradilla.—Apertura de las Cámaras, el día 3 de abril de 1871, dibujo de don J. L. Pellicer.—D. Antonio Garcia Gutierrez, dibujo de D. A. Perea.—Lisboa en 1870. Estatua de D. Pedro IV, dibujo del Sr. Domec.—El secuestrador, dibujo de D. Mariano Fortuny.—Cuadro pintado por don Juan Garcia Martinez, dibujo del mismo.—D. Francisco Javier de Isturiz y Montero, dibujo de D. A. Perea.—Madrid, romería á la ermita de la Cara de Dios, dibujo de D. J. L. Pellicer.

**NÚMERO 32. Texto.**—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—La Serrana de la Vera (conclusion), por don V. Barrantes.—Traducción literal del artículo biográfico que vió la luz pública en el periódico portugués *A Pálha*, en febrero de 1871: D. Manuel María José de Gáldo, por D. J. Simoes Dias.—Revista de los trabajos de las Academias y sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Florencio Janer.—Literatura callejera, por D. Fernando Martín Redondo.—El melocacto, historia para las niñas casaderas, por D. Peregrin Garcia Cadena.—Sueños y realidades. En el aniversario de la muerte de Cervantes, por D. Jaime Clark.—No hay deuda que no se pague., cuento original, por D. Alvaro Romea.—Héroeica defensa de la torre de Colon en el departamento Central de la isla de Cuba.—Conferencias populares en San Isidro.—Salon de sesiones del Ayuntamiento de Madrid.—Comunion á los enfermos en el Hospital General de Madrid.—D. José Valero.—El monumento del Dos de Mayo (soneto), por D. Luis Vidart.—Decoracion del primer acto de «Los amores del Diablo».—Revista musical, por D. A. Peña y Goñi.

**Grabados.**—D. José Valero, dibujo de D. A. Perea, fotografia del Sr. Juliá.—Visita de S. M. el rey al Hospital General. Comunion á los enfermos, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Campana de Cuba. Ataque de la torre óptica de Colon, en Fiufo, por los insurrectos, dibujo de D. A. Perea, croquis de D. E. Manera.



—D. Manuel María José de Galdó, dibujo del mismo.—Salón de Sesiones del Ayuntamiento de Madrid, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Conferencias de los obreros en San Isidro, dibujo del mismo.—Decoración del primer acto de «Los amores del Diablo», dibujo de D. F. Pradilla.—Jeroglífico.

NÚMERO 22. *Texto*.—Ecos, por D. Roberto Robert.—Costumbres del siglo XVII, por D. Julio Monreal.—Matilde Díez, por D. Mariano Carreras y González.—El tren expreso, poema, por D. Ramon Campoamor.—Cercanías de Lisboa (conclusión), por Rosi.—Revista de los trabajos de las Academias y sociedades científicas, económicas y literarias (conclusión), por D. Florencio Janér.—Teatros, por D. A. Sánchez Pérez.—D. Cesáreo Sánchez.—Reunión en el café Internacional.—Cartas fashionables, por Asmodeo.—Excelentísimo Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta.—El Aljibe de Trillo en Granada.—No hay deuda que no se pague... cuento original (continuación), por D. Alvaro Romea.—El día 2 de Mayo.—Cátedra pública del Ateneo.  
*Grabados*.—Matilde Díez, dibujo de D. A. Perea, fotografía del Sr. Laurent.—Procesión cívico-religiosa del 2 de Mayo, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Cátedra pública del Ateneo, dibujo del mismo.—Excmo. señor D. Práxedes Mateo Sagasta, dibujo de D. A. Perea, fotografía del Sr. Laurent.—El aljibe de Trillo en Granada, dibujo de D. Ricardo Madrazo.—Cercanías de Lisboa. Palacio-castillo de la Peña en Claira, dibujo del Sr. Domec.—Reunión en el café Internacional, dibujo de D. J. L. Pellicer.—D. Cesáreo Sánchez, dibujo de D. A. Perea.

NÚMERO 31. *Texto*.—Ecos, por D. Isidoro Fernández Florez.—El Aseneo por dentro, por D. Roberto Robert.—D. Salustiano de Olózaga, por D. A. Fernández de los Ríos.—Costumbres del siglo XVII (conclusión), por D. Julio Monreal.—El tren expreso (conclusión), poema, por D. Ramon Campoamor.—Hablemos de mi asunto, por D. Fernando Martín Redondo.—Banquete del 16 de mayo, por D. Francisco M. Tubino.—Pensamientos sueltos (poesía), por D. M. Ortíz de Pinedo. Tabla antigua. Entierro de San Pablo, primer ermitaño, por D. F. F.—D. Francisco Santa Cruz, por D. R. Correa.—Metamorfosis (poesía), por D. Manuel de la Revilla.—Inauguración de la Exposición artística e industrial, en el Parque de Madrid.—Cartas fashionables, por Asmodeo.  
*Grabados*.—Tabla antigua, dibujo de D. Valeriano Becquer.—Banquete del 16 de mayo, dibujo de D. José L. Pellicer.—Inauguración de la Exposición artística e industrial en el Parque de Madrid, dibujo del mismo.—Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga, presidente del Congreso de los diputados, dibujo de don A. Perea, fotografía del Sr. Laurent.—Excmo. señor D. Francisco Santa Cruz, presidente del Senado, dibujo del mismo, fotografía del Sr. Laurent.—El sastre de alde, dibujo de D. Valeriano Becquer.—La carta de recomendación, dibujo de D. Valeriano Becquer, pasado a la madera por D. Plácido Francés.—Panteón de la familia del marqués de Espeja, dibujo del anciano Pi de Leopold.

NÚMERO 32. *Texto*.—Advertencia, por La Redacción.—Ecos, por D. Isidoro Fernández Florez.—Memorias del desierto. Capítulo primero de un libro inédito, por D. Emilio Castelar.—Las tragedias de Séneca, por D. Eugenio de Ochoa.—Cántico de Débora, por D. José Antonio García de la Iglesia.—Los Nesairyes, por D. A. de Mentaherry.—Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, por D. S. López Guijarro.—El monasterio de Yuste, por D. V. Barrantes.—Cartas acerca de la cuestión de la ópera en España, dirigidas a Mr. Karl Pitters. Carta primera, por D. Antonio Peña y Goñi.—Tram-vía de Madrid.  
*Grabados*.—Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, fotografía del Sr. Laurent, dibujo de D. A. Perea.—Incendio del palacio de las Tullerías, dibujo de D. Daniel Perea.—Monasterio de Yuste, dibujo de D. F. Pradilla.—Derribo de la columna de la plaza de Vendôme, croquis de Mr. Raoul Letendre, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Romería de San Antonio de la Florida, dibujo de D. F. Pradilla.—Coche para el servicio de la tram-vía de Madrid, dibujo del mismo.—Jeroglífico.

NÚMERO 33. *Texto*.—Ecos, por D. Isidoro Fernández Florez.—El sepulcro de Cisneros, por D. Roman Goicorrotea.—Un arqueólogo del antiguo régimen en el Museo Arqueológico Nacional, por D. Fernando Pul-

gusio.—Grenade, por Mr. E. de Paris, traducción de D. V. Barrantes.—Placeres inocentes, por D. Fernando Martín Redondo.—Estado de la literatura en España y principales causas de su decadencia, por don Pablo Nongués.—El tonel de cerveza, cuento, por D. José Fernández Bramon.—Excmo. Sr. D. Constantino de Ardaná, por D. Antonio Pabí.—Portada del palacio de Cisneros.—Bibliografía. *La Creación*, por G.—Cartas acerca de la ópera en España dirigidas a Mr. Karl Pitters. Carta segunda, por D. Antonio Peña y Goñi.  
*Grabados*.—El cardenal Cisneros, dibujo de D. Francisco Pradilla.—Excmo. Sr. D. Constantino de Ardaná, dibujo de D. A. Perea.—Sucesos de París. Barricada defendida por mujeres, croquis de Mr. Raoul Letendre, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Portada del palacio del cardenal Cisneros, dibujo de D. F. Pradilla.—Sepulcro del cardenal Cisneros, dibujo del mismo.—Sucesos de París. Una barricada, croquis de Mr. Raoul Letendre, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Sucesos de París. Grupo de prisioneros, croquis del mismo, dibujo de D. A. Perea.

NÚMERO 37. *Texto*.—Ecos, por D. Isidoro Fernández Florez.—Otro precursor de Malthus, por D. A. Cánovas del Castillo.—Vida del lino. Melchor Cano por D. Fermín Caballero, por D. S. Catalina.—Don Miguel Pérez y Oéspedes, por D. Roman Goicorrotea.—El tonel de cerveza, cuento (conclusión), por D. José Fernández Bramon.—«Haydee», ópera cómica de Amber en el teatro y circo de Madrid, por S.—A Francia (poesía), por el marqués de Heredia.—Despedida (poesía), por D. Antonio Cánovas del Castillo.—D. Estanislao Figueras, por D. Roberto Robert.—Mis días (poesía), por D. Ramon Rodríguez Correa.—Techo de un salón del palacio del duque de Bailén y patio del mismo palacio, por G.—Nuevas armas del imperio alemán, por el mismo.—No hay deuda que no se pague... cuento original (continuación), por D. Alvaro Romea.—El organillo (poesía), por D. Ramon Rodríguez Correa.—Cartas acerca de la cuestión de la ópera en España dirigidas a Mr. Karl Pitters. Carta tercera, por D. A. Peña y Goñi.—Fiesta en honor de Mendez Nuñez, por La Redacción.  
*Grabados*.—Nuevas armas del imperio alemán, dibujo de D. A. Perea.—Fiesta en honor de Mendez Nuñez, dibujo de D. F. Pradilla.—Fiesta en honor de Mendez Nuñez, croquis de D. Rosendo Naval, dibujo de D. E. Montleón.—Excmo. Sr. D. Candido Nocedal, fotografía del Sr. Laurent, dibujo de D. A. Perea.—D. Estanislao Figueras, del mismo.—Patio del palacio del Excmo. Sr. Duque de Bailén, dibujo de don J. L. Pellicer.—Techo de un salón en el palacio del mismo, dibujo de D. J. L. Contreras.—D. Miguel Pérez y Oéspedes, dibujo de D. A. Perea.

NÚMERO 38. *Texto*.—Ecos, por D. Isidoro Fernández Florez.—Inauguración del colegio de San Juan Bautista en Santoña, por Velista.—Excmo. Sr. D. Candido Nocedal, por D. Gabino Tejado.—Contra el lujo de estos tiempos (poesía), por D. Peregrin G. Cadena.—El pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago y el museo de South Kensington de Londres, por D. Fernando Pulgusio.—Romería de San Magín de la Brufagaña, por G.—Excursiones veraniegas, por D. A. Sánchez Pérez.—Patria de Cervantes. Pila en que fué bautizado en Alcalá de Henares, por D. Benigno García Archuelo.—Excmo. Sr. D. Eduardo Gasset Artime, por D. Isidoro Fernández Florez.—No hay deuda que no se pague... cuento original (continuación), por D. Alvaro Romea.  
*Grabados*.—Excmo. Sr. D. Eduardo Gasset Artime, dibujo de D. A. Perea.—Romería de San Magín de la Brufagaña, croquis de D. E. Reventós, dibujo de D. F. Pradilla.—Paseo de la glorieta de Valencia, croquis del Sr. Felio, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Colegio de San Juan Bautista en Santoña, dibujo de D. Daniel Perea.—Pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago, dibujo de D. F. Pradilla.—Pobre mendicante, apunte de D. Valeriano Becquer, dibujo del Sr. Ferran.—Pila en que fué bautizado Cervantes, dibujo del Sr. Domec.—Casa de socorro del segundo distrito en Madrid, dibujo de D. F. Pradilla.

NÚMERO 39. *Texto*.—Ecos, por D. José Fernández Bramon.—Armas de España.—Al Sr. D. Cayetano Rosell, miembro de la real Academia de la Historia, etcétera, en Madrid, por el Doctor Thebussen.—Aliaga no es autor del falso D. Quijote, por D. Francisco M. Tubino.—Nada entre dos platos, por don Fernando M. Redondo.—La primera cana. A mi ami-

go Alfonso Ordaz (poesía), por D. Emilio Ferrari.—A la célebre Matilde Díez, en la función dada a su beneficio en Jerez a 10 de julio de 1871 (poesía), por D. Manuel María Fernández.—Feria de Valencia. Arco árabe, por G.—Escenas populares de Lisboa. La feria de la *Ladra*, por D. Julio César Machado.—Cartas acerca de la cuestión de la ópera en España dirigidas a M. Karl Pitters. Carta cuarta, por D. Anselmo Peña y Goñi.—La Exposición de Santander. Ferias y fiestas, por D. José M. Alonso de Beraza.—No hay deuda que no se pague... cuento original (continuación), por D. Alvaro Romea.—Agricultura. Máquina Fowler, por D. Juan Gandullo y Luque.  
*Grabados*.—Feria de Valencia. Arco árabe, dibujo de D. D. Perea.—Feria de Santander. Regatas. Croquis de D. Abel Unceta, dibujo de D. F. Pradilla.—Exposición de Santander. Premio de honor. Toro *Velvetta*, tres años y medio, raza Soth-horn; peso 1.900 libras; expositor D. M. B. Pereda, dibujo de D. D. Perea.—Monseñor Darbois, arzobispo de París, fosilado en la cárcel de «La Roquette», fotografía de Laurent, dibujo de D. A. Perea.—Monseñor Guiber, arzobispo de París, fotografía de Laurent, dibujo del mismo.—Cercanías de Elche, dibujo de D. D. Perea.—Cercanías de Elche, dibujo del mismo.—Costumbres populares de Lisboa. La feria de la *Ladra* (el Rastro lisbonense), dibujo del acuarelista portugués Rordallo Pinheiro.

NÚMERO 40. *Texto*.—Ecos, por D. José Fernández Bramon.—Historia de un desconocido, por D. Antonio Hurtado.—Baños de *Las Arenas*, por G.—Historia breve y compendiosa de una persona desahucada, por don Peregrin García Cadena.—La industria azucarera en Andalucía, por *V\*\*\**.—Bibliografía, por D. Francisco M. Tubino.—Excmo. Sr. D. Augusto Ulloa, por D. R. Molino de Arriba.—Iglesia de la Merced en la Habana.—No hay deuda que no se pague... cuento original (continuación), por D. Alvaro Romea.  
*Grabados*.—D. Julian Sánchez Ruano, fotografía de Laurent, dibujo de D. Alfredo Perea.—Consejo de guerra en Versalles, croquis de Mr. Raoul Letendre, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Exposición y feria de Santander. La Alameda. Croquis de D. V. Pineda, dibujo de D. F. Pradilla.—Baños de mar de *Las Arenas* (Bilbao), dibujo de D. Daniel Perea.—Excmo. señor D. Augusto Ulloa, dibujo de D. A. Perea.—Vista exterior del templo de la Merced (Habana), dibujo remitido por D. José Robles.—Vista interior del templo de la Merced (Habana), dibujo del mismo.—Jeroglífico.

NÚMERO 41. *Texto*.—Advertencia.—Ecos, por D. Isidoro Fernández Florez.—Proyecto ignorado de monumento a Cervantes, por D. Vicente Barrantes.—Historia de un desconocido (continuación), por D. Antonio Hurtado.—A la ilusión (poesía), por D. B. Fernández Miguel.—Inauguración de la iglesia de Junqueras (Barcelona).—Descubrimientos de nuevos dólmenes altos en Alava, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.—Los Quijotes y los Sanchos, diálogo de ultratumba, por Ahriman.—Montseny.—Eugenia de Guzman, por D. Peregrin García Cadena.—Sillon de campaña del emperador Carlos V.—Bibliografía portuguesa, por G.—Excmo. Sr. D. Luis González Brabo, por F.—La bendición de la mesa, por G.—Naufragio de la fragata *Melbourne*, por X.  
*Grabados*.—Sillon de campaña del emperador Carlos V., fotografía de Laurent, dibujo de D. F. Pradilla.—S. M. Eugenia de Guzman, ex-emperatriz de los franceses, dibujo de D. A. Perea.—La bendición de la mesa, dibujo de D. Valeriano Becquer, reproducido por el Sr. Laurent.—Esopo, cuadro de Velazquez, dibujo de D. Arturo Carretero.—San Francisco, escultura de Alonso Cano, fotografía de Laurent, dibujo de D. A. Perea.—Inauguración de la iglesia de Junqueras (Barcelona), croquis del Sr. Reventós, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Excmo. Sr. D. Luis González Brabo, dibujo de D. A. Perea.—Montseny, dibujo del mismo.

NÚMERO 42. *Texto*.—Ecos, por D. Isidoro Fernández Florez.—Carta al señor director de *La Ilustración de Madrid*, por D. Eugenio de Ochoa.—Teatro español del siglo XVI, artículo I, por D. Manuel Caffete.—Anacronías realista (poesía), por D. Antonio de Traza.—El túnel del Mont-Cenis, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.—Los Quijotes y los Sanchos (conclusión), por Ahriman.—Los druseos, por don Adolfo Mentaherry.—Puerta de San Andrés en Segovia, por D. Ricardo Villanueva.—Casco del emperador Carlos V, por X.

*Grabados.*—Casco del emperador Carlos V, fotografía de Laurent, dibujo de D. D. P.—Colocación de la última piedra en el túnel del Mont-Cenis, croquis de M., dibujo de D. J. L. Pellicer.—Excmo. Sr. cardenal Fray Cirilo de la Alameda y Brea, arzobispo de Toledo, dibujo de D. A. Perea.—Diputación provincial de Barcelona, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Excmo. Sr. duque de la Victoria, fotografía de Laurent, dibujo de D. A. Perea.—Llegada de S. M. el rey á la estación del camino de hierro de Barcelona, croquis de D. Félix Urgellés, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Entrada de S. M. el rey en Barcelona, croquis de D. Eduardo Reventós, dibujo de D. D. P.—Puerta de San Andrés en Segovia, croquis de D. Ricardo Villanueva, dibujo de D. Daniel Perea.

NÚMERO 43. *Texto.*—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—Teatro español del siglo XVI, artículo segundo, por D. Manuel Cañete.—Las novelas genealógicas, por D. Antonio de Trueba.—Costumbres del siglo XVII, por D. Julio Monreal.—La Exposición de Bellas Artes, por D. Peregrin García Cadena.—Revista de la escuadra fundada en el puerto de Barcelona, por X.—Manifestación radical, por La Redacción.—Tal para cual (poesía), por D. Angel Rodríguez de Chaves.—Baños de Archena, por Z.—Advertencia.

*Grabados.*—Excmo. Sr. D. José Malcampo y Monge, presidente del Consejo de ministros, dibujo de don A. Perea.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. Campesinos romanos, cuadro de D. Ramon Tusquet, dibujo del mismo.—Excmo. Sr. D. Antonio de los Ríos y Rosas, dibujo de D. A. Perea.—Exposición de Bellas Artes. Sección de grabado. La consulta, dibujo de D. F. Pradilla, grabado de D. Arturo Carretero.—Baños de Archena, dibujo de D. Daniel Perea.—Manifestación radical celebrada en Madrid con motivo de la derrota parlamentaria del ministerio presidido por el Excmo. Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla, dibujo de D. J. L. Pellicer.—S. M. el rey revista en el puerto de Barcelona la escuadra del Mediterráneo, dibujo de D. R. Monleon.

NÚMERO 44. *Texto.*—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—Necrología, por D. Fermín Caballero.—Recuerdos arqueológicos y monumentales de Palencia. Carta primera, por D. José Amador de los Ríos.—Una visita á las obras del puerto de Cartagena, por X.—Fuente monumental á Zaragoza, por Z.—Ramon Lull (Raimundo Lulio) considerado como alquimista, por D. José Ramon de Luanco.—La vida (poesía), por D. Francisco Florez Garcia.—La Exposición de Bellas Artes, por D. Peregrin García Cadena.—Historia de un desconocido (conclusion), por D. Antonio Hurtado.—Soneto, por el marqués de Heredia.—Fiestas del Pilar en Zaragoza. El Rosario, por X.—No hay deuda que no se pague... cuento original (continuación), por D. Alvaro Romea.

*Grabados.*—Excmo. Sr. D. Severo Catalina, fotografía del Sr. Juliá, dibujo de D. A. Perea.—Fiestas del Pilar en Zaragoza. El Rosario, dibujo de D. F. Pra-

dilla.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. Muerte de Séneca, cuadro de D. Manuel Dominguez, dibujo del mismo.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. Santa Clara, cuadro de don Francisco Domingo, dibujo del mismo.—Obras del puerto de Cartagena. Fabricación de bloques artificiales, dibujo de D. Daniel P. —Obras del puerto de Cartagena. Quebranta-olas, dibujo del mismo.—Exposición de Bellas Artes. Sección de arquitectura. Fuente monumental para perpetuar las glorias de Zaragoza, proyecto de D. Miguel Martínez Ginesta, dibujo del mismo.—Jeroglífico.

NÚMERO 45. *Texto.*—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—Recuerdos arqueológicos y monumentales de Palencia. Carta II, por D. José Amador de los Ríos.—Montiño. Gouffé. Al Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, por el doctor Thebussem.—Excmo. señor D. Antonio de Fontes Pereira de Mello, por X.—Los grandes problemas. Canto primero, por D. Ramon de Campoamor.—Iglesia de San Francisco el Grande, en Madrid, por Z.—Exposición de Bellas Artes, por D. Peregrin García Cadena.—Gasbaroni, por X.—Crítica de teatros, por D. Peregrin García Cadena.—Roma. ¡Zito, silencio! ¡Che passa la ronda! Cuadro del Sr. Pellicer.—Contemplando la momia del emperador Carlos V, por D. Manuel del Palacio.

*Grabados.*—Excmo. Sr. D. Antonio de Fontes Pereira de Mello, dibujo de D. A. Perea.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. Puerto de Málaga en un día de calma, cuadro de D. Emilio Ocon, dibujo del mismo.—Gasbaroni, dibujo de D. Manuel Dominguez.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. ¡Zito, silencio! ¡Che passa la ronda! Cuadro de D. J. L. Pellicer, dibujo del mismo.—Vista de Melilla, dibujo de D. F. Pradilla.—Exposición de Barcelona. Salon destinado á objetos varios de la industria catalana, croquis de D. Félix Urgellés, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Exposición de Barcelona. Exterior de la misma. Exhibición de ganados, croquis de D. Eduardo Reventós, dibujo de D. Daniel Perea.—Interior de la iglesia de San Francisco el Grande, en Madrid, dibujo de D. N. Nao.

NÚMERO 46. *Texto.*—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—La Exposición de Bellas Artes, por D. Peregrin García Cadena.—Melilla, por D. Antonio Rojí.—La novela en el tram-via, por D. E. Perez Galdós.—Revista de los trabajos de las Academias y sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Florencio Janer.—Á la insigne poetisa doña Carolina Coronado de Perry (poesía), por D. Gabriel Garcia Tassara.—Á Dios (poesía), por Ahriman.—Cantares, por D. José de Fuentes.—Explicación de los grabados, por X.

*Grabados.*—Excmo. Sr. D. Francisco Romero Robledo, dibujo de D. A. Perea.—Excmo. Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla, dibujo de D. A. Perea.—El prete, dibujo de D. J. L. Pellicer.—La Feria de Gerona, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Muerte de Lucrecia, dibujo de D. Eduardo Rosales.—Castillo fendal, dibujo de

D. Antonio Muñoz Degrain.—Narciso, dibujo de don Elías Martín.—El herrador, dibujo de Mr. Jules Worms.

NÚMERO 47. *Texto.*—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—Recuerdos arqueológicos y monumentales de Palencia. Carta III, por D. José Amador de los Ríos.—Melilla (conclusion), por D. Antonio Rojí.—Excelentísimo Sr. D. José Luis Albareda, por D. José Ferreras.—El estañero aburrido (poesía), por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—La Exposición de Bellas Artes, por D. Peregrin García Cadena.—Reunion del partido progresista-democrático celebrada en Madrid el día 26 de noviembre de 1871, por X.—La novela en el tram-via (conclusion), por D. E. Perez Galdós.—Costumbres del siglo XVII, por D. Julio Monreal.—El conde de Girgenti, por C.

*Grabados.*—El conde de Girgenti, dibujo de D. Alfredo Perea.—Exposición de Bellas Artes. Sección de escultura. Últimos momentos de un torero sobre la arena del circo despues de una cogida, estatua de don Rosendo Novás, dibujo de D. A. Perea.—Excmo. señor D. José Luis Albareda, dibujo de D. A. Perea.—Reunion del partido progresista-democrático celebrada en Madrid el día 26 de noviembre, dibujo de don J. L. Pellicer.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. La prision del príncipe de Viana, cuadro de D. Emilio Sala y Francés, dibujo del mismo.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. La tarde del Viernes Santo en Olot, cuadro de D. Joaquin Vayreda, dibujo del mismo.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. La fuente de los amores, cuadro de D. Juan Cristino, dibujo del mismo.—Jeroglífico.

NÚMERO 48. *Texto.*—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—Costumbres del siglo XVII (conclusion), por D. Julio Monreal.—¡Pavos! ¡Pavos! Fantasía de Noche-Buena, por Ahriman.—Rodela de Carlos V, por X.—Los príncipes de Gales, por X.—La Noche-Buena del cesante (poesía), por D. Peregrin García Cadena.—El Jordán, el árbol de Abraham y la mezquita de Omár, por X.—La Noche-Buena del poeta, por D. Pedro Antonio de Alarcón.—Mr. Thonissen y el Sr. Cánovas del Castillo, por X.—No hay deuda que no se pague... cuento original (continuación), por D. Alvaro Romea.

*Grabados.*—Rodela del emperador Carlos V, de una fotografía del Sr. Laurent.—Los príncipes de Gales, dibujo de D. A. Perea.—Exposición de Bellas Artes. Sección de escultura. Un joven griego dando gracias á Júpiter por su triunfo en las corridas olímpicas, estatua de D. José Simon Almeida, fotografía del señor Laurent, dibujo de D. A. Perea.—Costumbres populares de Madrid. La Plaza Mayor en la Noche-Buena, dibujo de D. F. Pradilla.—Árbol de Abraham, dibujo de D. F. Pradilla.—El Jordán, dibujo de don Francisco Pradilla.—Mezquita de Omár, dibujo de D. F. Pradilla.—Psicología comparada, dibujo de don José L. Pellicer.

